11550

uis Manzano - Manuel de Góngora

Jn caballero español

DRAMA EN TRES ACTOS,
DIVIDIDOS EN SEIS CUADROS, EN VERSO

COPIRIGHT, BY L. MANZANO Y M. DE GÓNGORA.-1928

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24
MADRID
1928

10

EL TEATRO
MODERNO

Luis Manzano
y Manuel de Góngora

UN CABALLERO ESPAÑOL

DRAMA EN TRES ACTOS, DIVIDIDOS
EN SEIS CUADROS, EN VERSO

Estrenado en el Teatro Reina Victoria,
de Madrid, el 16 de febrero de 1928

PRENSA MODERNA
MADRID

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Droits de répresentation, de traduction et de réproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A Pepita Díaz de Artigas
y a Santiago Artigas

Con todo el fervor de nuestra admiración y de nuestra gratitud.

Los autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Luisa...	*Josefina Díaz de Artigas.*
Elena...	*Josefina Santaularia.*
Pacorra...	*Ana María Quijada.*
Chiclanera...	*Isabel Zurita.*
Blasa...	*Natividad Ríos.*
Isabel...	*Rosa Díaz Gimeno.*
Florita...	*Concepción Ajenjo.*
Corales...	*Concepción Murillo.*
Fernando de Altamira...	*Santiago Artigas.*
Barón de Bazán...	*Manuel Díaz de la Haza.*
Marqués de Montilla...	*Manuel Kayser.*
Rincón...	*Fulgencio Noguerras.*
Antonio...	*Octavio Castellanos.*
El Estudiante...	*Manuel Díaz González.*
El Conde...	*José Trescoll.*
El Cirujano...	*Francisco Alagón*
Servando...	*Manuel Dicenta.*
Martín...	*Manuel Dicenta.*
Román...	*Aniceto Alemán.*
Andrés...	*Francisco Alagón*
Un petimetre...	*Francisco Téllez.*

Majos, majas, petimetres y damiselas, que no hablan.

Epoca: 1808-1810.

Indicaciones, del lado de los intérpretes.

Los versos señalados entre asteriscos pueden suprimirse en la representación.

ACTO PRIMERO

LA GUERRA

CUADRO PRIMERO

El desconocido.

Interior de una venta pobre en el campo manchego. Están en escena Rincón, Martín y Román. Blasa, la Ventera, les presenta, en miseras escudillas, unas sobrias viandas. Es de día.

MART. ¿Y esto es todo?
RINC. ¡Buen manjar
para nuestra hambre canina!
ROM. ¿No hay magras?
BLASA. ¡Gana de hablar!
MART. ¿Ni un mal trozo de cecina?
BLASA. Eso... ¡y gracias que a faltar
no llega!
RINC. ¡Sí que la venta
está provista!
BLASA. ¿Y andáis
tan prontos cuando pasáis
a satisfacer la cuenta?
RINC. Si ello es cuestión de dineros,
cuanto pidas bien está;
sirves, pagamos y ya,
en pagando, de arrieros
a señores, poco va.
BLASA. No es eso.
MART. ¿Pues qué ha de ser?
BLASA. De la guerra los reveses
hoy os dejan sin comer,
por mano de los franceses
que, ayer al amanecer,
entrando a saco en la casa

670187

mi despensa saquearon,
sin pan mi artesa dejaron
y mi fogarín sin brasa.
Lo que anoche os he servido
y con todos a partir
me llegué; lo que a servir
ahora os llego y recibido
hais con tan mal recibir,
es todo cuanto he podido
a la codicia evadir
del criminal forajido.

RINC. ¡Malhaya el torpe extranjero
que arruina nuestros hogares
y en contra de todo fuero
así nos lleva el dinero!...

MART. ¡Y la sangre!

ROM. ¡Y los manjares!

BLASA. ¡Maldito de Dios, amén!

MART. ¡Maldito!

ROM. Y la maldición
echada ¿será razón
que hagamos algo también
por nosotros?

RINC. Dices bien;
tripas, llevan corazón.
(Se disponen a dar buena cuenta del parco refrigerio que Blasa les ha presentado.)
Mas ¿y el señor estudiante?

BLASA. No salió de su aposento;
con dormir, tiene bastante.

MART. ¿No se alimenta?

ROM. *(Riendo.)*
¡De viento...
o de un terrible argumento
que confunda al contrincante!

RINC. Pues prefiero mi arriería,
si me da buenos tasajos,
¡y allá su bachillería
aderece, con poesía,
tasajos de latinajos
en ollas de sacristía!

¡Conque hagamos por vivir,
lo primero; que, después,
ya se encargará el francés
de enseñarnos a morir!

MART. ¿Jugaremos los albures
de cualquier sorpresa audaz?

RINC. ¿Quién de negarlo es capaz?;
mas, si llegan los "mosiures",
se les invita... ¡y en paz!

MART. *(Levantando un vaso de vino.)*
¡A mi salud!

RINC. *(Deteniéndole.)*
Mejor fuera
disfrazar tu grosería
brindando por la ventera.

MART. *(Burlón.)*
¿Trocóse el zafio en usía?

RINC. ¡Cada uno es a su manera!
¡A tu salud, salinera!
(Bebe.)

BLASA. *(Brindando a su vez.)*
¡Pues a la vuestra!

MART. *(Que no ha abandonado su vaso, bebiéndose lo de un tirón.)*
¡A la mía!
(Comen en silencio. Pausa breve.)

RINC. ¿Y el huésped?

MART. ¿No lo has oído,
mostrenco?

RINC. ¡Claro que sí!;
pero yo me referí
al otro; al desconocido.
Al que anoche, a la par nuestra,
llegó al mesón, forastero,
y pujos de caballero
en traje y talante muestra;
al del breve razonar
y el altanero exigir;
al del apremiante urgir
y el cartujano callar;
al que buscando hospedaje

en esta venta olvidada,
sin más tren ni otro equipaje
que su hurañería osada
y su aire de personaje
muy de corbatín de encaje
y de bota charolada,
respeto... de no sé qué
llega a infundir... porque sí;
a ese tal me referí
y por ése pregunté.
¿Quién es?

BLASA. Su nombre no dió.

RINC. ¿Se lo pediste?

BLASA. ¡De más!

RINC. Pues algo oculta.

MART. Quizás.

ROM. ¿Y no averiguaste?...

BLASA. No.
Pidióme lecho y cobijo;
pregunté, pero fué en vano;
que, plantándome en la mano
una onza de oro, me dijo:
"ni hago liga con más gentes
que las que quiero tratar,
ni gusto de contestar
preguntas impertinentes.
Conque oír, ver y callar;
no avinagrarme el humor
y decir a todo amén;
si así te conviene, bien;
si no te place, peor
para ti." A su mandamiento,
obediente, oí, callé,
di la vuelta y le dejé
a solas en su aposento;
echó a la puerta la llave,
mató la luz que le di,
su onza guardé... y hasta aquí
lo que la ventera sabe.

RINC. ¡Mandato, como de rey!

BLASA. Que se cumple con agrado,

si se declara acuñado
en oro de buena ley.
Despertó de madrugada,
salió y no ha vuelto.

MART. ¡Plantada
te deja!

BLASA. ¿Qué más me da
que regrese o no, si ya
dió la paga adelantada?

RINC. Pues quien tal misterio emplea
al entrar como al salir,
o es hombre de mal vivir
o tal obra... con su idea;
que hombre que niega su nombre
y de todo desconfía,
acaso oculte un espía
so capa de gentilhombre.

MART. ¡Por fuerza!

BLASA. ¡Debí pensarlo!

MART. ¡Algún francés!

ROM. ¡Claro está!

RINC. ¡Conmigo se las habrá
como vuelva a tropezarlo!
Y, sea o no sea espía,
nos veremos él y yo;
que he de cobrarle, a fe mía,
la insufrible altanería
con que anoche me miró.

MART. Pues ahí le tienes, galán,
¡atrévete!

RINC. ¡Vas a ver!

ROM. ¿Te ayudo?

RINC. No es menester;
donde las toman, las dan...
y yo sé lo que he de hacer.

(Aparece, en efecto, por la puerta del foro, el personaje misterioso, terciada la capa en que se envuelve y mirando insistentemente hacia atrás, como si temiera que le hubiesen seguido. El tal personaje es el que en el transcurso de la obra se llama Barón de Bazán. Va a penetrar en la

venta, cuando Rincón, que se ha puesto de pie hace ademán de cortarle el paso. El caballero sin dar gran importancia a la detención, mira de arriba a abajo al arriero, le hace echarse atrás y cederle el paso con una leve inclinación en el hombro y, resueltamente, se interna en derechura, se supone, a su aposento. Martín y Román y la misma Blasa no pueden contener la risa y hacen burla de Rincón, que se ha quedado como una piedra.)

MART. ¡Pues sí que eres una fiera!
ROM. ¡Si cuando éste se dispara,
llega lejos!
RINC. A cualquiera
igual que a mí le pasara;
porque hay tal gesto en su cara
y mira de una manera,
que, si por respeto no,
por temor, en igual caso,
le hubierais cedido el paso
lo mismo que lo hice yo.
MART. Pues hay que estar prevenidos,
no nos tienda una emboscada;
porque es la mejor jugada
la de los apercibidos.

(Por la puerta por donde entró el Barón sale el Estudiante, que saluda jovial y sonriente.)

RINC. ¡Hola, señor bachiller!
ESTU. ¡Salud a la buena gente!
BLASA. ¿Dormisteis?...
ESTU. ¡Divinamente!
BLASA. ¡Pues os quedáis sin comer!
ESTU. No hay colación más preciada,
tras de viajar, que dormir,
y más si se ha de seguir
camino a marcha forzada.
BLASA. ¿Os marcháis?
ESTU. En este instante.
RINC. Pues si valen mis consejos,
quedaos, señor estudiante;
el francés...

ESTU. *(Interrumpiéndole.)*
¡Aún está lejos
y he de pasar adelante!
RINC. En tal sazón tanta priesa
pudiera seros fatal.
ESTU. No; que la turba francesa
va por el camino real.
BLASA. ¿Y vos?
ESTU. ¡A campo traviesa!
Nada ha de haber que me importe,
si he de sacarle ventaja.
RINC. ¿Y adónde bueno viaja?
ESTU. Bueno o no bueno, a la Corte
ha de parecerme un hora
he de desandar lo andado;
y cada instante pasado
ha de parecerme una hora
hasta mirarme alejado
de la canalla invasora.
RINC. ¿Tenéis miedo, acaso?
ESTU. No;
que, hace unas horas, la muerte,
por buena o por mala suerte,
muy cerca de mí pasó.
BLASA. ¿Visteis?
ESTU. ¡La rota de Ocaña,
donde el francés ha segado
con implacable guadaña
lo más florido y granado
de los galanes de España!...
BLASA. Decid.
RINC. ¡Qué! ¿Habéis presenciado?...
ESTU. Gris aurora cenicienta
sobre la yerma llanura
pelada y amarillenta,
y en la lejanía oscura
un ronco hervir de tormenta
que su galope apresura.
Bajo los pardos cendales
de las nubes aplomadas,
pelotones espectrales

de vanguardias desbocadas
en galopes desiguales;
cañonazos, cuchilladas
y mandatos y señales
y blasfemias y zarpadas;
y entre airados vendavales
y tormentas encrespadas
de relinchos infernales,
escalofríos de espadas
y fugaces llamaradas
de corazas imperiales.
Jinetes descabalgados
junto a los muertos corceles
que, en roja espuma bañados,
hasta el morir fueron fieles;
infantes atropellados
y, rotos y ensangrentados,
charreteras y oropeles
y charoles y bordados
y galones y caireles
de uniformes desgarrados...
La herradura desprendida
y la espuela ensangrentada
y el bautismo de la espada
en la sangre de la herida;
el clarín que el aire hiere
con su trémulo gemido
y la tarde que se muere,
del tambor estremecido
entre el ronco miserere...
¡Toda la crueldad que encierra
la raza de los Caínes,
azotando con las crines
de sus corceles de guerra
los anchurosos confines
de mi castellana tierra!
Crisol en que se acrisola
la ejecutoria heredada;
tierra, dos veces sagrada,
por tierra y por española;
yerma llanura de Ocaña,

noble testigo callado
de tanta estéril hazaña;
¡en ti se queda enterrado
lo más florido y granado
de los galanes de España!...

RINC. ¿Y ahora volvéis?...

ESTU. ¡A mi hogar!

BLASA. ¿A estudiar?

ESTU. ¡A combatir!;
¡quiero una espada esgrimir
y por mi Patria luchar!
Buscando honroso cuartel
en las tropas de Castaños,
daré al verdor de mis años
aroma y luz de laurel;
y si mi contraria suerte
en el combate reñido
hace que caiga rendido
en los brazos de la muerte,
antes que llegue a caer
prisionero de su afán,
como soy mozo y galán
y ella es, al cabo, mujer,
no con torpe cobardía,
sino con gesto viril,
le rendiré pleitesía,
dando en ademán gentil
a sus pies, la bizarría
de mi capa estudiantil.
Cuanto al gasto... si pudiera,
a fe que os lo pagaría
gustosamente, ventera.

BLASA. Pagad, pues.

ESTU. ¿Y si os dijera
que está mi bolsa vacía?

BLASA. ¿Sí?... ¡Pues no faltaba más!;
posada y lecho os he dado...

ESTU. Cierto; mas, por Satanás,
¿en dónde visteis, jamás,
estudiante adinerado?

BLASA. ¡Ya se verá si pagáis!

ESTU. ¡Pues ya está visto que no!
BLASA. ¡Pagaréis!
ESTU. *(Bromeando.)*
Si os empeñáis...
¡con mi vida!
BLASA. ¡La tasáis
muy por alto!
BAR. *(Que ha entrado en escena cuando el Estudiante terminaba su relación y que le ha escuchado emocionadamente y en silencio, sin que nadie haya advertido su presencia.)*
¡Como yo!
BLASA. ¿Quién os mete a vos aquí?
BAR. Escuchar lo que escuché.
BLASA. ¡Se niega a pagar!
BAR. ¿Y qué?
BLASA. ¡Que no se marcha!
BAR. ¿A que sí?
BLASA. ¿Quién le concede franquía?
BAR. Mi gusto.
BLASA. ¿Y si no bastara?
BAR. ¿Y si mi gusto sellara
este sello?
(Le da dinero, que la ventera, variando en el acto de actitud, guarda rápidamente.)
BLASA. ¡Variaría!
Pues que os ponéis en razón,
¿qué he de hacer sino callar?
MART. *(Aparte a Román.)*
¡Hablando así, no hay cuestión!
RINC. *(Aparte.)*
¿A que al salir del mesón
me voy también sin pagar?
ESTU. *(Al Barón.)*
Caballero: que ignorando
vuestro nombre, claro veo
que lo sois, y grande, cuando
así obráis, y vuestro arreo
tal os está declarando,
¿por qué tomasteis partido
por mí y, liberal, fiáis

a quien ni os es conocido?
BAR. ¿Y por qué tal extrañáis
si cuanto hablasteis he oído?
ESTU. No entiendo...
BAR. Yo os lo diré:
de la Patria y su dolor
hablabais con tanto ardor
cuando a escucharos llegué,
que vuestro acento exaltado
me ganó la voluntad.
ESTU. ¡Siempre os viviré obligado!
BAR. Demostrádmelo.
ESTU. ¡Mandad!
BAR. Brindadme vuestra amistad
y estoy de sobra pagado.
ESTU. ¡Os la doy y a vos la obligo,
aunque es pobre, como mía!
BAR. Yo digo que pierdo el día
si en él no gano un amigo;
y os juro a fuer de quien soy
—y a fe que soy ambicioso—,
que me muestro alabancioso
de haber ganado el de hoy.
ESTU. Si en algo serviros puedo,
haré lo que me digáis;
yo obedezco, vos mandáis
y, como me iba, me quedo.
BAR. Antes me brinda ocasión
vuestra inmediata partida,
de que un gran favor os pida,
con que os deba obligación.
ESTU. Decid cuál.
BAR. Me pareció,
cuando hace poco os oí,
que vuestra priesa eligió
viajar atrochando.
ESTU. Sí.
BAR. ¿Queréis servirme?
ESTU. ¿Pues no?
BAR. Campo atraviesa, daréis
con un carro, donde tres

heridos van.

ESTU. ¿Y después?

BAR. Que este rumbo le marquéis
para que pueda llegar,
sin contratiempo, hasta aquí;
lo demás... dejadlo a mí,
si Dios me quiere ayudar.

ESTU. ¿Nada más?

BAR. ¡Y ya es bastante
si lo hacéis como lo quiero!

ESTU. Ya lo veréis, caballero.

BAR. Pues id con Dios, estudiante.
(Sale el Estudiante. Los arrieros y Blasa han prestado atención al diálogo con gestos de admiración y curiosidad. Cuando ha salido el Estudiante, el Barón les habla.)
Si en servirme de igual modo
también vosotros estáis,
no os pesará.

MART. Me acomodo

ROM. Y yo.

RIN. ¿Qué hay que hacer?

BAR. Que todo
cuanto habéis visto y veáis
ni os haga hablar demasiado,
ni se os importe un ardite,
ni un comentario os suscite
de receloso cuidado.
Poneos, en son de vigías,
ahí fuera; si descubrís
carro o persona, venis;
y, mientras las garantías
del servicio discutis,
a vuestras caballerías
poned precio.

RINC. ¡Eso será,
si gustáis, según y cómo!

BAR. ¿Qué?

RINC. ¡Que dineros no tomo,
si antes no sé quién los da!

BAR. ¡Un caballero!

INC. Tal vez.
AR. Pues entonces...
INC. ¡O un espía!
AR. ¡Miserable!
INC. ¡Y todavía
puedo yo, en mi pequeñez,
permitirme desoír
a quien, sin su nombre dar,
me puede acaso obligar
contra mi Patria a servir!
AR. Perdono tu acometida
en gracia a lo que declara;
de la honra de España, avara
mi honra está también; y cuida
que si mi designio ampara
la ayuda que te pedí
y logras servirme bien,
a España sirves en mí;
conque tus iras contén,
porque, como tú, también
cuna y amor le debí.
RINC. ¡Sea entonces!... ¿Y qué más?
BAR. Cuando llegue lo que aguardo,
a Córdoba, sin retardo,
rumbo conmigo pondrás.
RINC. ¿Y después?
BAR. ¡Lo que Dios quiera!
Toma.
(Entrega a Rincón dinero.)
RINC. ¿Paga adelantada?
BAR. Mantendrá más obligada
tu lealtad y más sincera.
BLASA. *(Aparte, a Rincón, que distribuye entre los otros el dinero que le reclaman.)*
¿Y ahora, qué dices?
RINC. *(Guardándose con gran prosopopeya su parte.)*
Opino
que no puede ser francés;
gasta rumbo y su oro es
oro español del más fino;
y yo serviré, de grado,

a quien, con humos de rey,
cuando así obliga, ha buscado
cuño de tan buena ley
para tenerme obligado.
(Y sale, seguido de Martín y Román, a cum-
plir las órdenes del Barón; éste se dirige a
Blasa.)

BAR. Tú, entretanto, y sin tardar,
en el mejor aposento
tres lechos ve a preparar;
que acaso estén ya al llegar
mis heridos.

BLASA. Al momento.

BAR. *(Deteniendo con una última advertencia a Bla-*
sa, que se dispone a salir.)
Los tres lo merecen todo;
mas con especial esmero
cuidarás del caballero
que yo te indique, de modo
tan solícito y certero,
que me responda tu vida
de la vida de ese herido,
si en el más leve descuido
te ves por mí sorprendida.
Y no tendré que agregar
que todo lo pago yo;
¡conque oír, ver y callar!

BLASA. ¿Y quién os dice que no?
(Aparte. Yéndose.)
¡Con huéspedes de tal pro,
sí que da gusto hospedar!
(El caballero se ha asomado a la puerta que da
al campo, dando muestras de una gran inquie-
tud y, después de una breve pausa, exclama.)

BAR. ¡Ah!... ¡El Cirujano!... ¡Llegad,
que os esperaba impaciente!
(Entra, sudoroso y con claras señales de can-
sancio, el Cirujano, a quien el Barón interroga
ávidamente.)
¿Nuestro negocio?...

CIRU. Corriente...
mas con una novedad.
BAR. ¿Y es?
CIRU. Que el camino penoso
y las terribles heridas
de dos de ellos con sus vidas
acabaron.
BAR. Temeroso
de que lo peor suceda,
de preguntaros no acaba
mi sospecha, si el que queda...
CIRU. *(Apresurándose a interrumpirle.)*
¡Es don Fernando!... ¡Y que pueda
aún vivir, no lo esperaba!
BAR. ¿Grave?
CIRU. Gravísimo está;
mas su brava resistencia
tales arrestos le da,
que ella sólo y no mi ciencia
venciendo a la muerte va.
De la muerte precursora
y en su delirio, tortura,
con pertinaz calentura
tan fiera sed le devora,
que porque si muere, muera
con su frescura aliviado,
yo mismo me he adelantado
a pedirla.
BAR. *(Llamando enérgica y rápidamente a Blasa.)*
¡Aquí, ventera!
(Sale Blasa a la llamada del Barón y, simultáneamente, entra, por el foro, Rincón.)
RINC. Señor, hacia aquí camina
el carro.
BAR. ¡Por fin!
(A la ventera.)
¡Prepara
agua!... ¡Pronto!... ¡La más clara
en la alcarraza más fina!
(Martín, Román y Rincón, ayudados por algún otro hombre, servidor o conductor del carro,

dejan a la entrada, sobre unas improvisadas parihuelas. el inanimado cuerpo de don Fernando de Altamira.)

CIRU. ¡Con cuidado!

BAR. Traedlo aquí.

MART. Al bajarle, se privó.
¡Yo creo que está muerto!
(Hay un momento de pausa larga, silenciosamente solemne, mientras el Cirujano ausculta al herido.)

CIRU. ¡No!...
¡Aún hay pulso?

BAR. ¿Vive?

CIRU. ¡Sí!
¡En marcha!... Vosotros dos,
como entre plumas, llevadle.

BAR. *(Al Cirujano, suplicante.)*
¡En nombre de Dios... salvadle!

CIRU. *(Yéndose detrás de los que conducen al herido.)*
¡Será lo que quiera Dios!

BAR. *(A Rincón, que se ha quedado en escena y mira curiosamente a los que se llevan al herido.)*
Antes que cierre la noche
donde yo te mande irás
con estas cartas.
(Entregándole unos pliegos.)
Un coche
allí aprestado tendrás,
y aquí lo conducirás
apenas apunte el sol.

RINC. ¿Qué más?

BAR. Veremos después.

RINC. Decidme, señor, ¿quién es?

BAR. Un caballero español.

TELON

CUADRO SEGUNDO

La vida.

Sala baja junto al patio de columnas, que se ve tras la ventana, y la puerta del foro, de la casa solariega del Marqués de Montilla, don Pedro de Alpuente, en Baeza. Rincón está repantigado olímpicamente en un sillón, comiendo cualquier golosina. Es de día, media mañana.

RINC. Pues, señor, que la vida
que me estoy dando,
es de pedir al cielo
que don Fernando
tarde en curarse
más años que mi suegra
tardó en casarse...
¡y se murió soltera!...
¡Qué canonjía!
¡Buenas magras, buen vino,
trato de usía;
largos dineros
y un amor, flor y nata
de caballeros!
¡Que dure así, que dure!,
¡que el tiempo corra
sin sentir!

PACOR. *(Saliendo por una puerta de la derecha. Pacorra es una mujer del pueblo andaluz, criada de la casa, de mediana edad, pero frescota y apetecible.)*
¡Buenos días!

RINC. ¡Salud, Pacorra!

PACOR. ¡Salú, manchego!
¿Se trabaja?

RINC. ¡Descanso!

PACOR. Pues er sosiego
es pa los muertos, ¿oyes?;
y tú, motivo
tengo pa darme cuenta
que eres un vivo.

RINC. Vivo... ¡penando
por una que me insulta
de cuando en cuando
y que es lo más bonito
que hay en Baeza!

PACOR. ¡Ay, manchego, que er queso
de tu cabesa
lo miro en rajas,
curando en el aseite
de tres tinajas!

RINC. ¡Arisca!

PACOR. ¡Haraganote!
Más te valiera
barrer ese empedrao
de la cochera,
que está que embiste
y no ha visto una escoba
denque viniste.
¡Si eres un gentilhombre
sin ejersisio!...
¿Pa qué querrán valerse
de tu servisio?

RINC. *(Con aire de gran suficiencia.)*
¡Por algo será!;
pregúntale a mi amo
y él te lo dirá.

PACOR. ¿Que a Baesa trajiste
desde tu tierra
a tu amo y al herío
por esa sierra?
¿Y qué? Pagao
estás con los dos meses
que has descansao!

PACOR. Quizá; pero es lo cierto,
que está conmigo
que más que su espolique
soy ya su amigo.
¡Menudos fueron
los lances y peligros
que nos unieron!
Caminando sin tregua,

siempre de noche,
un ojo en el camino
y otro en el coche,
campo atraviesa,
temiendo un mal encuentro
o una sorpresa;
desandando lo andado
—que las más veces
el paso nos cortaban
puestos franceses—,
dando al herido
las menores molestias
y el mayor cuido,
quiso, por fin, el cielo
que de la muerte
nos libráramos todos
por nuestra suerte.
Aquí llegamos...
y bendigo la hora
que te encontramos.

PACOR. ¡Déjate de requiebros!

RINC. ¿Por qué, gruñona,
si estoy que me derrito
por tu persona?

PACOR. Mira, no grites
y ponte en un lebriyo
si te derrites.
Porque no sé si sabes
que mi marío
derriba las "paderes"
con un bufío,
y si se entera
y te sopla... ¡te barre
coche y cochera!

RINC. Puede que sople y barra,
no te lo niego,
si sabe algunos lances
de cierto juego
que estoy notando
que su costilla trama
con don Fernando.

PACOR. ¿Qué dises, embustero,
ladrón, mal bicho,
alacrán?...
RINC. ¡Lo que dije...
ya queda dicho!...
que soy manchego
y ninguna andaluza
me tira el pego.
PACOR. ¡Vaya!... ¿Y eso me dises
pa que te quiera?
RINC. ¡Y porque no jorobes
con la cochera!
PACOR. ¡Sí que eres listo!
RINC. ¡De la Mancha, Pacorra!
PACOR. ¡La tierra'er pisto!
RINC. *(Intenta tomarle la cara.)*
¡Graciosa!
PACOR. *(Le rechaza.)*
¡Para el carro,
mal arriero,
que esta carreterita
tie carretero!
RINC. ¡Buen trajinante,
que no mira el camino
que hay por delante!
PACOR. ¿Qué sabes tú?
RINC. No quieras
que yo te explique
que el marqués de Montilla
—con su espolique,
que es tu marido—
hace más de dos meses
que se ha perdido.
PACOR. ¿Y qué? Porque de juerga
se pase Antonio
con el Marqués los meses,
¿mi matrimonio
vas tú a deshasé?
¡Ni tú, ni tu paisano!
RINC. ¿Cuál?
PACOR. ¿Pues quién va a sé?

Ese que viene en libros
y que tie un mote
y también es manchego...

RINC. ¡Ya!... ¡Don Quijote!

PACOR. Er mismo; y... vaya,
que te aguante tu amo ...
(Mirando hacia la izquierda.)
que ahí viene.

RINC. ¡Calla!

PACOR. *(Con sorna.)*
Mira, mira qué serio
te me has quedao;
¡dime, delante suya,
lo que has hablao!
¿No es ya tu amigo?
Pues siéntate y descansa.

RINC. ¡Calla te digo,
o suelto lo que tramas
con don Fernando!

PACOR. *(Con miedo, mirando hacia el sitio por donde se supone que llega el Barón.)*
¡Silencio!; que parese
que está escuchando.

RINC. *(Vencedor.)*
¿Lo ves?

PACOR. ¡Dios mío!
¡Que un manchego me pueda!
¡Qué mardesío!

RINC. A los dos nos conviene
que nos callemos.

PACOR. Yo, por mí, cayaíta.

RINC. ¿Y aquí qué hacemos?

PACOR. Vorvé la esparda.

RINC. ¡Es lo mejor!

PACOR. ¡La fija!
(Van a hacer mutis, por el foro, cuando se presenta el Barón, por la izquierda.)

BAR. Rincón, aguarda.

RINC. *(Deteniéndose respetuosamente. Pacorro ha desaparecido.)*
Señor... ¿Tiene que mandarme

alguna cosa vuecencia?
BAR. Quiero sólo prevenirte
que estés hoy muy ojo alerta,
porque tal vez esta tarde
partamos.
RINC. ¿Sin la certeza
de que nuestro don Fernando
esté bien y las molestias
de un nuevo y largo viaje
le perjudiquen?
BAR. No es esta
ocasión de dar razones;
obedece y ten en cuenta
que, cuando así lo dispongo,
será por su conveniencia.
RINC. ¡Eso es verdad!; que no siendo
un padre, no hay en la tierra
ni amigo más cariñoso
ni solicitud más tierna
que la que habéis empleado
con él; y aunque él lo merezca,
no os paga lo que habéis hecho
aunque cien vidas os diera.
BAR. Obligaciones sagradas
que sólo a mí me interesan;
obras que, aunque nada valen,
cobrarán precio si sellan
gratitudes que no mueren
y saldos de antiguas deudas.
(Como hablando para sí.)
¡Plegue a Dios que de cerrarlos
un día no me arrepienta!
RINC. ¿La señora?...
BAR. Nada sabe.
RINC. ¿Y su esposo?
BAR. Aún no regresa.
RINC. ¿No le aguardamos?
BAR. ¿Qué importa?;
su casa nos aposenta,
porque el regidor dispuso
el alojarnos en ella;

conque es a él, no a su amo,
a quien debemos la cuenta.

RINC. Pero don Fernando...

BAR. Ignora
el viaje; mas, por fuerza,
hará lo que a mí me plazca,
porque a su bien sólo atenta
mi decisión; lo que él diga
ni me cumple ni me pesa.

RINC. Entonces...

BAR. Coche y arreos
con los caballos, apresta,
y antes que muera la tarde
abandonamos Baeza.

RINC. ¿Y hacia dónde?

BAR. Hacia Menjíbar,
donde su tropa acuartela
Castaños; la Patria exige
y es preciso obedecerla,
que esta vida regalada
me remuerde la conciencia.

RINC. ¡Adiós mi lecho mullido
y mi provista despensa
y las charlas con Pacorra
y el dormir a pierna suelta!...
¡Qué poco dura lo bueno,
dice el refrán... y lo acierta!
¿Nada más?

BAR. ¿Y qué más quieres?

RINC. Pues... a la orden de vuecencia.
(Se va.)

BAR. ¡Sí, salgamos!... ¡Y haga Dios
que acaso tarde no sea!
(Al salir por el foro Rincón se queda mirando hacia la derecha, por donde se supone que llega Luisa.)

RINC. La espuma del señorío
viene hacia aquí.

BAR. ¿La Marquesa?

RINC. No: doña Luisa, su prima;
¡la enfermerita!.. ¡Qué perla

pa que un platero la engarce
en el collar de una reina!
(Mutis.)
(Aparece Luisa por el foro. Es una linda muchacha de veinte años, elegante y distinguidísima.)

LUISA. ¡Albricias, Barón, os pido!
BAR. ¿Por qué causa y a qué cuenta?
LUISA. ¡Mirad!
BAR. ¡Fernando!
LUISA. No pude
poner freno a su impaciencia;
que está la mañana hermosa
y la salud le espolea
con tal brío, que gozarla
quiso en la paz de la huerta.
BAR. Y a vuestro lado... Bien hace,
pues que os la debe.
LUISA. ¿Quién piensa
en eso?
BAR. No fué milagro
curar con tal enfermera,
aunque al sanar de su herida
os clavara a vos la flecha.
de amor, dorada... ¿Acerté?
LUISA. ¡Ay, si a entrambos nos hiriera!;
mas es gratitud tan sólo
lo que mi afán le despierta;
¡puso su mirar tan alto
y estoy tan a ras de tierra!...
BAR. Yo haré por que te deslumbre
vuestra luz.
LUISA. ¡Callad, que llega!
(Efectivamente, aparece en el foro don Fernando vestido con uniforme de capitán de Caballería, destocado y sin armas ni espuelas.)
BAR. *(Como reconviniéndole cariñosamente.)*
¡Don Fernando!...
FER. ¡Amigo mío!
LUISA. Ya le dije...
FER. Ambicionaba

embriagarme a mi albedrío
del sol que a chorros se entraba
por la ventana que, abierta
al ansia de mi pulmón,
metía en mi corazón,
que a nueva vida despierta,
la gloriosa bendición
del perfume de la huerta.
¡Qué gozo, al hundir mi mano
en el hundero raudal
del regatillo que, ufano,
abre en el césped liviano
blanca herida de cristal!
Olía a gloria la tierra
de los senderos floridos
y, dando al silencio guerra,
de la cárcel de los nidos
a los crestones de espumas
de las fuentes escondidas,
iban cien notas perdidas
de cien salterios de plumas.
En torno al ciprés que asoma
lo verde de su esperanza
tras el paredón y avanza
su hermosura sin aroma
del cielo a la lontananza,
prenda de paz y alianza,
revolaba una paloma.
Y, fijando mi atención
en su inquieto revolar,
¡me fingía la ilusión
que se llegaba a arrancar
la espina que hace sangrar
con su clavo el corazón!...
La débil hierba mojada,
la rama que se cimbrea
al suave viento, que orea,
con caricia regalada,
del geranio la exaltada
herida, en la balaustrada
de la morisca azotea...

¡todo era fuerza y vigor,
incitación a la vida,
bálsamo para mi herida
y a mi amargura dulzor
de una miel desconocida
que, dando al alma calor,
dejaba el alma rendida!
Por el jardín pasé,
aromas y luz bebí,
mi alma a la ilusión abrí
y de vida me embriagué
cuando a la muerte miré
que se alejaba de mí.
Bajo mi cielo plomizo,
de nuevo el pájaro cruza
de la vida; me bautizo
de ilusión; cuando agonizo,
la vida a vivir me azuza;
mis heridas cicatrizo...
desmayaba... ¡me eternizo!...
¡Ved lo que puede el hechizo
de una mañana andaluza!

LUISA. ¡Florido amanece el día!

FER. ¡Como lo pide mi afán!

BAR. Y hasta por más cortesía,
don Fernando se atavía
con galas de capitán.

LUISA. Bien le va tal bizarría;
que a tal gala tal galán.

FER. Porque me siento vivir,
vestirlas ambicioné;
que en ellas sólo cifré
mi orgullo y mi porvenir,
cuando el gozar olvidé
para ganar el sufrir;
y ahora que se ven manchadas
con la sangre de mis venas,
me parecen más honradas
y más nobles y más buenas.
Mortaja debieron darme
y prez de nuevo me dan;

¡mirad si debo ufanarme
de que vuelvan hoy a honrarme
mis galas de capitán!

BAR. *(Mirando intencionadamente a Luisa.)*
Una linda mano breve
borró su sangre, afanosa
—junto a un clavel, una rosa
o nieve sobre otra nieve—.
Angel que Dios poner quiso
junto a tu mortal quebranto,
para darte un adelanto
de la luz del paraíso.

FER. *(Como respondiendo a su propio pensamiento.)*
¡Otras más obligación
tuvieron de consolarme,
y sólo en abandonarme
cifraron su inclinación!

LUISA. ¿Por mi prima, la Marquesa,
lo decís?

FER. ¡Por ella, sí!

LUISA. ¡Sois injusto!

FER. Pues a mí
tal injusticia me pesa;
mas ¿qué queréis?... ¡soy así!
Nada pienso merecer,
mas de esta casa la dueña,
dijérase que se empeña
en hacérmelo entender.

LUISA. Tal decisión respetad;
su esposo ausente, debía...

BAR. Negarte su compañía;
darnos la hospitalidad
que el regidor disponía.

FER. Dos meses ha que aquí estoy
y apenas verla he podido.

LUISA. Mi afán su ausencia ha suplido;
yo también soy. . como soy;
¡perdonad si torpe he sido!

BAR. ¡Mentecato... tanto hablar!...

FER. Perdonad, Luisa.

LUISA. ¿De qué?;

si ella es más, y yo lo sé,
¿qué os tengo de perdonar?
Mas... puesto que ya os halláis
con el Barón...

BAR. ¿Os vais?

LUISA. Sí.

FER. Pues ved que os quedáis aquí
cuanto más os alejáis.

LUISA. Despedida lisonjera
que os estimo; mas callad,
don Fernando, que, en verdad,
también yo decir pudiera
que nada pienso valer;
mas, de estos o aquellos modos,
parece que quieren todos
hacérmelo comprender.
(Y sale ocultando a duras penas su emoción.)

BAR. *(A don Fernando; con severo reproche.)*
Tienes un camino llano
y por la trocha te lanzas;
¡cura de no despeñarte
si en el abismo resbalas!

FER. ¿Tal consejo?

BAR. Mi conciencia
me lo dicta.

FER. ¿Mas... la causa?...

BAR. No me fuerces a decírtela;
¡ay, si pudiera olvidarla!

FER. ¿Adivinasteis?...

BAR. Contempla
las arrugas de mi cara;
mis sienes encanecidas
que, despeñando su blanca
nieve en mi pecho, trocaron
yerta ceniza mi brasa,
y dí si engañarme puedo
de lo que no sospechara;
que lo que tu labio oculta
mi experiencia me lo canta.

FER. ¿Sabéis?...?

BAR. ¡Lo que me avergüenza!

FER. ¿Y teméis...?
BAR. ¡Lo que me callas!
FER. ¿Me culpáis?
BAR. ¡Con justo fuero!
FER. ¿Sin oírme?
BAR. ¡No habrá nada
que la sinrazón razone,
si al honor quita la plaza!
FER. ¿Ni el amor?
BAR. ¡Primero que él
está el deber!
FER. ¿Y si el alma
grita que no?
BAR. ¡Se le pone,
para que calle, mordaza!
FER. ¿Y la pasión?
BAR. ¡Se encadena!
FER. ¿Y el corazón?
BAR. ¡Se le aplasta,
si es que su negra ponzoña
por sangre a las venas pasa!
FER. ¡Pero eso es morir!...
BAR. ¡Se muere!
FER. ¡Y quiero vivir!
BAR. ¡Malhaya,
Dios me perdone, la hora
en que arranque a las garras
de la muerte, si otra muerte
más fiera te deparaba!...
Si aquí lo lícito tienes,
¿por qué a lo prohibido bajas,
poniendo cerco a una honra
que debe serte sagrada?
FER. Sólo podré contestaros
cuando digáis a mis ansias
por qué perfuman las flores
y por qué corren las aguas
y trinan los pajaricos
y rugen las alimañas.
¿Por qué? Preguntadle al fuego
por qué devora su llama,

y a la estrella por qué brilla,
y al cuchillo por qué mata,
y al odio por qué aborrece,
y al huracán por qué brama;
y cuando acierten a daros
respuesta que os satisfaga,
vientos, aguas, aves, fieras,
fuegos, estrellas y plantas,
si no os merezco disculpa...
¡concededme vuestra lástima!

BAR. ¡Amor imposible!

FER. ¡Ahora!;
pero hubo una edad lejana
en que sin afrenta pude
darle cobijo en mi alma.
*Como en prisiones de rosas
en mi corazón estaba;
¡mis rosas tronchó el destino,
dejando sólo las zarzas!;
desde la gloria, al infierno;
desde el placer, a la rabia;
desde la vida, a la muerte;
¡desde el orgullo, a la infamia!...
(Pausa.)
Apenas mozo, que el bozo
juvenil casi sombreaba
el labio en que ahora se vuelven
desolación mis palabras,
sentí el aguijón dorado
del amor en mis entrañas.

BAR. ¿La Marquesa, acaso?

FER. ¡Elena,
sólo entonces se llamaba!
Me quiso... ¡con ese fuego
de esa edad apasionada
que tiene arrestos de sobra
para mover las montañas!
Bajo el encendido cielo
de Córdoba, que es mi patria
y la suya, juramentos
de lealtad y de constancia

corrieron, como a los mares
se precipitan las aguas
del Guadalquivir preclaro
que, entre olivares de plata,
bajo los romanos puentes
y las moriscas murallas,
con aljófares de espumas,
cuanto salpica, recama.

BAR. ¿Entonces? ..

FER. Ausente un día
yo de la ciudad sultana
—en la Corte, donde estudios
y males de amor cursaba
del Seminario de Nobles
en las inhóspitas aulas—,
su padre, avaro, vendióla,
que es venta tal alianza,
al que hoy, para oprobio mío,
esposo suyo se llama.

BAR. ¿Mas ella? ..

FER. Resistió en vano;
si de apuntalar se trata
un caudal que se derrumba,
¿qué abismo habrá ni qué valla
que un padre cruel no salve,
como así logre ventaja?

BAR. ¿Cuándo supiste...?

FER. Al volver
a mi tierra; sin que hallara
su rastro, ni más memoria
de las venturas pasadas,
que una pobre flor marchita
y con la flor una carta
de despedida, en que cifro
escapulario y mortaja,
pues, si es sentencia de muerte,
blasón es que amor declara,
cuando puso en flor y pliego
los latidos de su alma.

BAR. ¿Y después?

FER. Busqué la muerte

en las campos de batalla;
¡y me engañó, como Elena!,
que, cuando ya me rondaba,
vuestras manos, Dios las premie,
la rindieron a mis plantas.

BAR. ¡Hice mal!

FER. ¡Hicisteis bien,
y que Dios os dé la paga,
porque al hallar a mi Elena,
sí me hace la vida falta!
¡Amo a Elena!... ¡Será mía,
si el cielo se desplomara!;
habrá risas, si ella quiere;
si busca lágrimas, lágrimas;
vuelvo a vivir ¡para ella!
con más ardor y más ansia.
Y, pues ya sabéis mi historia,
a estrellas, fuegos y plantas,
aves, aguas, vientos, fieras,
que aroman, refulgen, braman,
corren, incendian y rugen,
vuelan, azotan y abrasan,
¡exigid, si darla quieren,
respuesta que os satisfaga
de por qué són como son,
si Dios el mundo no cambia!

BAR. *(Con una gran emoción. Todo el tono de sus palabras queda encomendado al talento del actor, que matizará adecuadamente y dejará adivinar lo que calla.)*
Tus querellas compadezco
y el oírlas no me pasma.
Yo también sé, como tú,
qué es amar sin esperanza
y ver en ríos de hielos
derretirse las entrañas
cuando un amor, que era nuestro,
la vida nos arrebata.
¡También sé lo que es un beso
bajo una noche estrellada!
*y el enlazarse unas manos

y el prometerse constancia
y el sentir cómo la vida
más turbulenta se para
y en dulce quietud se aquieta
y en caricias se remansa,
si una mano de mujer
se posa sobre sus aguas!...
La noche... un jazmín florido...
la luna, que de la parra
borda en el suelo lo verde
con sus agujas de plata...
El vientecillo serrano,
rasgueando la guitarra
de la noche, que por primas
tiene las risas del agua
y por bordones la fiebre
de los mastines que ladran,
o el lejano eco dormido
de alguna grave campana...
La tierra, que los sentidos
con su perfume traspasa...
Dos corazones latiendo...
¡y en una reja, amarrada
la impaciente jaca torda,
que se estremece y piafa,
celosa de un breve cuerpo
por conducir en sus ancas,
bajo el río de cairelés
de la manta jerezana,
al tintineo sonoro
que, en el galope, levanta
de la vaquera estribera
la fina espuela de plata!...
Amor... soledad propicia...
cielo azul... tierra mojada...
labios rojos .. pulsos firmes...
ojos negros .. carnes blancas...
¡También sé lo que es un beso
bajo una noche estrellada!...*
Noble cual tú, desdichado
como tú, quise a una dama

de las que Dios rompe el molde
tan luego de troquelarlas.
La amé, me amó... ¡la casaron
como a tu Elena casaran!...
y en su hijo...—¡que debió
ser mi hijo!—cifró mi alma
lo que en tan duro combate
para alentar precisaba.
Por él viví... ¡por él vivo!
Ella murió... ¡todo pasa!...
Y, desde mi cumbre de años
—rabadán de la majada
de la experiencia—, sosiego
los rebaños de tus ansias
diciendo que a las pasiones
se les pone una mordaza
y se encadena a la sangre
y al corazón se le aplasta,
y si hay que morir... ¡se muere!,
y si hay que callar... ¡se calla!

FER. ¿Resignación? ¡Cobardía
fuera más justa palabra!

BAR. ¡Nadie por amor se muere!

FER. ¡Mas sí por dolor se mata!

BAR. Para amores y dolores,
un poco de tierra basta:
ocho palmos hacia adentro
y después, sobre ellos, nada;
una cruz que el tiempo astilla,
un recuerdo que se cuaja
en olvido... y de un viajero
la indiferente mirada
que pregunta: "¿Quién sería
el que ahí debajo descansa?"

FER. ¡Sois maestro de dolores!

BAR. ¡Como tu aprendiz de lágrimas!;
mas, tú joven y yo viejo...
¡ve si te gano ventaja!

(Don Fernando, impresionado vivamente por las palabras del Barón, permanece en silencio. El Barón, cariñosamente, variando de tono y

procurando dar a sus palabras una gran persuasión, no exenta de energía, dice a don Fernando:)
Esta tarde, hacia Menjibar
emprenderemos la marcha;
¡has de salvarte, y no puedes
mientras te pese esta casa!
Tu vida...

FER. *(Interrumpiéndole.)*
¡Pluguiera al cielo
no me la echarais en cara!;
la salvasteis, sin pedíroslo...
¡me la quitáis!... ¡Buena paga
os doy; que la aborrecía,
y ahora quiero conservarla!
(Como arrepentido de haber sido demasiado cruel con su salvador; suplicante, en una última y desfallecida súplica.)
¿No he de verla?

BAR. Los deberes
no se cumplen, si se emplazan.
Otra flor aquí te dejas;
mira de no marchitarla...
Y adiós ya, porque mis órdenes
de partir Rincón aguarda.
(Sale, ocultando su emoción.)

FER. *(Tras un breve momento de pausa en que lucha con sus exaltados sentimientos.)*
¿Y es fuerza que así concluya
lo que mi ilusión forjara?...
¡Alma; a verla te prepara
y ámala; que será tuya,
si el cielo se desplomara!
¡No la ocasión perderé!
(Llama sigilosamente.)
¡Pacorra!

PACOR. *(Apareciendo por la galería del foro.)*
Aquí estoy, señó.

FER. ¿Sabes...?

PACOR. Dende el corredó
lo que hablasteis escuché.

Le dije que, aquí, er Barón
hablarle a solas quería...
FER. ¿Y ella?
PACOR. Que aquí bajaría,
me dijo, sin dilasión.
Yega, se asusta y después...
si vos la tranquilisáis,
a un mismo tiempo pagáis
vuestro gustc y mi interés.
FER. ¿Tu interés?
PACOR. ¡Claro!
FER. Rumbosa
tendrá digna recompensa.
PACOR. ¿Y quién en tar cosa piensa?
¡Yo obro asín, de generosa!;
que la miro padesé
con er corasión partío,
entre un infame marío
y un imposible queré.
FER. ¿Llora?
PACOR. ¡Es una Madalena!
FER. ¿Por mí?
PACOR. ¡To pudiera sé!
FER. ¿Su marido...?
PACOR. *(Interrumpiéndole.)*
¡Ay, el Marqué
de Montiya!... ¡Mala hiena
carnisera!. . Si aquí está,
la dispresia y la martrata,
los caudales esbarata
y a eya la mira por na.
Si sale, es pa entretenerse
en juergas y correrías;
que es capaz, en ocho días,
er solito de beberse
las bodegas más surtías.
Como ahora en que ya hase dos
meses que él y mi Antonio
andan jasiendo er demonio
por esos mundos de Dios.
Pues si hoy yega un cabayero,

tan cabá y tan cumplío
que, vendiendo señorío,
le da caló y tempero
a un corasón padesío
y va, generoso, a darle
alas a ese corasón,
¿ha de hasé mi inclinasión
otra cosa que ayudarle?

FER. Sabré pagarte.

PACOR. ¡No es eso!;
¡por dinero no lo hisiera
si er mesmo Rey me ofresiera
los tesoros de *Don Creso!*
¡Escóndase ahí, por Dios!

FER. ¿Baja la Marquesa?

PACOR. Sí.
(Aparte, yéndose.)
¡Y lo que ahora pase aquí
es ya cuenta de los dos!
(Don Fernando se oculta, efectivamente, en uno de los extremos de la habitación o tras de una columna; y cuando Elena, que ha entrado, al sorprenderse no hallando al Barón a quien creía encontrar, va a retirarse, le corta el paso. La Marquesa retrocede, sorprendida, pero sencra y digna en su sorpresa.)

FER. ¡Alguna vez tenía
que humillarse a mis plantas la ventura
y concederme el cielo una alegría
tras de tanta amargura
como apuró en silencio el alma mía!
¡Ya puedo en paz morir, porque te miro!
¡Llega a beber mi postrimer suspiro!

ELENA. ¡Un paso más y mando
venir a mis lacayos, don Fernando!

FER. ¡Elena!

ELENA. ¡No!; marquesa
de Montilla llamarme me interesa,
ya que tu audacia pasa
a deshonrar así mi propia casa.

Desleal, te has valido
de un engaño pueril, para abordarme.

FER. ¿Y qué intentar si, cuando lo he querido,
sordos a un tiempo corazón y oído
te has negado a escucharme?
¿Temes, quizá, que el eco del pasado
te recrimine con su voz airada?

ELENA. ¡Para hacerme valer en mi sagrado,
a nada temo ni me inquieta nada!
¡Una eterna muralla aborrecida
separa ya mi vida de tu vida!

FER. ¡Aborrecida, Elena; tú lo dices!,
¡mas la muralla arruinará mi aliento,
que de mi amor las bárbaras raíces
socavan ya su mazorral cimiento!
Para mía no ser, se precisara
que el orbe todo ante mis pies se hundiera;
que el sol en su carrera se parara;
que el fuego helase; que la nieve ardiera,
y que el lobo trocárase en cordero,
el recental en lobo carnicero,
la luz en sombra y la paloma en fiera.
* Lobo y paloma a un tiempo; sol y nieve,
luz o tiniebla, vendaval o brisa,
fiero titán que las montañas mueve,
herida o beso, lágrima o sonrisa,
demonio o ángel, cúspide o abismo,
paz o guerra, quietud o cataclismo,
puedo ser para ti, según lo quiera
tu odio o tu amor, tu luz o tu ceguera. *

ELENA. Para dar al olvido mis deberes
de esposa, precisara
ser la más vil de todas las mujeres;
otro honor y otra vida nos separa;
¡huye de mí, Fernando, si aun me quieres!

FER. *(Estrecha las manos de Elena, que se siente desfallecer.)*
¡Como me quieres tú!... Claro lo canta
de tu pupila el abreviado cielo,
y el calor de tu mano... y ese anhelo
que, cuando de tu pecho se levanta,

ascua encendida bajo duro hielo,
estrangula un sollozo en tu garganta,
¡cual si quisiera allí quedarse preso,
por no venderse, convertido en beso!

ELENA. ¡Cera a tu aliento es ya, lo que juzgaba
encina inconmovible o roca brava!

FER. ¡Abeja de esa cera,
miel libaré que el alma te regale
y que en tus labios al prender su hoguera,
como un vino de bíblica solera,
hasta los mismos huesos te recale!
¡El cielo nos aguarda!

ELENA. ¡O el infierno!

FER. ¡La vida es breve y el amor eterno!

ELENA. ¡Carne mía, ruin!

FER. *(Arrobadamente; dándole al momento toda su exaltación sensual y apasionada:)*
¡Carne gloriosa,
de mi trémula llama mariposa!...
¡Agonizaba en palidez de cirio,
pero en dulce martirio
vuelven mis labios a trocarla en rosa!
(Insensiblemente Elena ha ido sintiéndose rendir. Don Fernando la estrecha fuertemente y ambos juntan sus bocas en un cálido beso de pasión desbordada.)
¡Te besé!... ¡Me besaste!... ¡Ya fundidas
se quedan para siempre nuestras vidas!
(Elena se ha retirado rápidamente recobrándose de su momentánea debilidad con un severo ademán. Hacia el interior se oye ruido de gente que llega, y por la puerta de la derecha aparecen al Barón y Luisa a tiempo de sorprender en la actitud de los amantes toda la intensidad pasional de la escena. Luisa lanza un grito de sorpresa y, cuando Elena acude a ella, cubre avergonzada su propio rostro con una mano, rechazándola con la otra y cayendo desolada en un asiento cualquiera. Todo muy rápido.)

LUISA. ¡Elena!

ELENA. ¡Luisa!

BAR. *(A Fernando.)*
¿Qué has hecho?

FER. ¡Libertar al corazón
que, entre grillos de pasión,
se me saltaba del pecho!
¡De mi incierto porvenir
el arcano descifrar,
volver mi vida a bañar
en la gloria de vivir;
y, por si todo es soñar,
querer de dicha morir,
primero que despertar!

PACOR. *(Entra precipitadamente dando muestras de una gran agitación que apenas la deja hablar.)*
¡Señora!... ¡El Marqué!...

ELENA. ¡Ah!... ¡Di!...

PACOR. No sé si a desirlo asierte...
¡trae la estampa de la muerte
en la cara, y sólo vi
que Antonio casi ha podío
a duras penas entrarlo,
que der cabayo ar bajarlo,
se le privó der sentío!

ELENA. ¡Jesús!

FER. *(Con feroz alegría.)*
¡En tal ocasión
el cielo quizá lo envía!

ELENA. *(Suplicante.)*
¡Fernando!

BAR. *(Deteniendo a Elena.)*
¡Elena!

ELENA. ¡Barón!...

BAR. ¡Cumplid vuestra obligación,
que yo sé cumplir la mía!
(Elena duda todavía un instante; pero ante la inexorable mirada del Barón, sale, después de haber mirado ávidamente, y como en trance de despedida suprema, a don Fernando, a quien sujeta y trata de calmar el Barón.)

BAR. ¡Rincón!

RINC. *(Apareciendo.)*
Señor...
BAR. ¿La partida?
RINC. ¡Todo listo!
FER. ¡No ha de ser!
BAR. De callar y obedecer
me respondes con tu vida.
FER. ¡No ha de ser, digo! Y jamás
saldré, sin cruzar mi acero
con el Marqués.
BAR. Tú sabrás
portarte cual caballero,
puesto que en su casa estás
y has de salir ¡o, primero,
conmigo lo cruzarás!
FER. ¡Tenéis razón! ¡Fuera, sí!;
donde yo pueda retarle
con menos trabas que aquí
y matarle y arrancarle
lo que me ha robado a mí.
¡Vamos, pronto!
BAR. ¡Loco está!
LUISA. ¡Don Fernando!...
FER. ¡Luisa, adiós!
BAR. *(A Luisa.)*
Sabréis de mí.
LUISA. ¡De los dos!
BAR. Os juro que así será.
RINC. ¿Vamos, señor?
BAR. Vamos ya;
y ahora... ¡lo que quiera Dios!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

TACITA DE PLATA

CUADRO TERCERO

La plaza.

La plaza de San Antonio, en Cádiz. A la derecha, un café con puerta practicable; sobre la puerta, este título: "Café y botillería de Orta". Militares, petimetres, majos, elegantes damas y majas de rumbo, cruzarán la escena, formando grupos y entrarán y saldrán del café en los momentos que considere oportunos la dirección escénica. Han pasado unos dos años desde las escenas del acto anterior, pues se supone que las de éste ocurren el 25 de septiembre de 1810, al día siguiente de jurar la Regencia ante las Cortes en la Isla de San Fernando. Es por la tarde. Rincón, Antonio (criado del Marqués de Montilla), Servando y otros majos, comentan los sucesos del día en un grupo, a la derecha. Hacia la izquierda, otro grupo de damas y petimetres, animan también el mentidero con sus charlas y risas.

SERV. ¿Qué más?
MAJ. 1.° Sigue.
RINC. En total, nada:
que el buen obispo de Orense
tuvo que tragar la jura,
tragando quina.
SERV. ¿Y Argüelles?
RINC. Dijo unas cosas que ardían
en un candil; y parece
que Martínez de la Rosa
a la Regencia somete
un proyecto reformando
el Estamento.
MAJ. 1.° ¿Y en breve
serán aquí las sesiones,
como Cádiz apetece?
SERV. La iglesia de San Felipe,
que está sin culto, parece

que, por fin, será elegida
para templo de las leyes.

RINC. Bueno; dejad la política.

SERV. ¿Y de qué hablar?

RINC. ¡De mujeres!;
de algo que valga la pena,
y eso la pena merece;
que de regencias y Cortes,
de Alcalá, Quintana, Argüelles,
y del Conde de Toreno
con sus discursos solemnes;
de la fiesta de ayer tarde,
del sitio y de los franceses
y de escuadra inglesa, estamos
más arriba del gollete.

MAJ. 1.° ¡Tiene razón!

RINC. ¡Pues es claro!

ANTO. ¡Hablemos, pues, de mujeres!
¿Sabéis que la Chiclanera...?
(Siguen hablando en voz baja.)

COND. *(En el otro grupo.)*
¡Veinticuatro de Setiembre!...
¡Fecha histórica que a Cádiz
dará gloria eternamente,
si ya gloriosa no fuera
por lo recio de su temple
ante el formidable empuje
de las imperiales huestes!
¡Qué espectáculo, señoras!
¡Qué animación de la gente,
que a pie, a caballo, en calesa,
en carro de mala muerte
o en rico tren de briosos
y encairelados corceles,
se trasladó a San Fernando
como si a una feria fuese!
"¡A las Cortes, a las Cortes!",
gritaban, roncos y alegres,
entre vivas a la Patria
y mueras a los que tienen
a nuestro Rey prisionero

—más Rey cuanto más ausente—.
Y unos, al hombro la bota,
de lleno y lustroso vientre,
con lo mejor de Sanlúcar;
y otros, al brazo pendiente
la jaranera guitarra,
orgullosa de allí verse:
los de aquí canturreando,
los de más allá riéndose,
y todos enardecidos
por la legítima fiebre
de ver a su Patria libre
y libre al Rey que defienden,
hicieron que en ascua viva
las Cortes se convirtiesen,
y que a su llama, la hoguera
del patriotismo prendiéndose,
afirmara los cimientos
de su libertad por siempre.

ISAB. Yo asistí; ¡qué bien estuvo!
Me llevó el Conde.

FLORI. ¡Qué suerte!

ISAB. La fué y grande, que por poco
no conseguimos billetes.

FLORI. ¡Si España entera está en Cádiz!

ISAB. Cierto que sí, y que no tiene
espacio entre sus murallas
para acoger tanta gente.

COND. ¡Verdad, verdad!: militares
y marinos, petimetres,
políticos, vates, majos,
familias de alto copete;
por humildes a los pobres
y a los grandes porque puede,
a todos, hospitalaria,
esta ciudad nos ofrece
un techo que nos cobije,
o un pan que nos alimente,
o un lugar para el combate,
o un lecho para la muerte.

ISAB. Don Fernando de Altamira
fué quien nos dió los billetes.
FLORI. ¿El capitán y poeta?
ISAB. El mismo: ¡qué versos tiene!...
En la tertulia de Paca
Larrea, la esposa de ese
alemán, de Bölh de Faber,
recitarlos muchas veces
le escuché, y estoy prendada.
FLORI. ¿De los versos solamente?
ISAB. ¡Y del capitán, Florita!
COND. Niña: que no me parece
correcto que de ese modo
sus muchos méritos premies.
ISAB. Digo, señor, lo que siento.
COND. Y yo siento que lo sueltes
así, tan... sin meditarlo,
porque, al fin y al cabo, eres
mi sobrina, y es forzoso
que por tu recato vele.
FLORI. Muy bien; pero tenga en cuenta,
Conde, que somos mujeres,
y nosotras...
COND. Sí; vosotras
sois capaces de ponerle
las mejillas coloradas.
y a mí, pajizas y verdes.
Conque mucho cuidadito
conmigo.
ISAB. ¡Callad, que ahí viene!
FLORI. ¡Qué distinguido!
ISAB. ¡Y qué guapo!
¡Ay, Conde, que no se acerque!
COND. ¡Hablar contra lo que piensan
es condición de mujeres!
(Por la izquierda llega don Fernando, con uniforme de capitán de Caballería.)
ISAB. ¡Capitán!...
FER. *(Deteniéndose y saludando.)*
¡Señora!... ¡Conde!...

ISAB. ¿Adónde
bueno, por el mentidero?
FER. Quiero
saberlo, y en duda estoy;
no voy
jamás donde siempre os viera...
ISAB. ¡Sois harto galante!...
FER. Y hoy,
perdido en vana quimera,
adonde quiero no voy.
ISAB. ¡Enigma de voluntad!
FER. ¡Verdad!
ISAB. ¿De amor, tal vez, loco empeño?
FER. ¡Un sueño!
ISAB. ¿Desdichado o de ventura?
FER. ¡De locura!
Enigma que penetrar
en sus entrañas procura
mi razón, sin descifrar
si es verdad, sueño o locura.
ISAB. *(Coqueta.)*
Y ella... ¿está en Cádiz quizá?
FER. Está.
ISAB. *(Al Conde.)*
¡Ay, Conde, que me enamora!
FER. *(Despidiéndose.)*
Señora...
ISAB. ¿Se va?... Pero. . ¿esto qué es?
FER. ¡A sus pies!
Siento que mi obligacion
me separe, descortés.
Conde, adiós... Mi devoción
está, señora, a sus pies.
(Y pasa gallardamente hacia el café.)
ISAB. ¡Ay, Conde!... Pero ¿se va?
COND. ¡No; se fué!
ISAB. ¡Conde: llámelo!
COND. ¿Yo?... ¡Cá!
¿Por qué?
PET. 1.º ¡Vaya! Esta niña ha perdido
la razón.

SAB. *(Yéndose del brazo del Conde y mirando hacia don Fernando.)*
¡Ay! En sus ojos prendido
se lleva mi corazón!
(Rincón, al ver a don Fernando, se ha separado disimuladamente del grupo de los otros majos y se le acerca.)
ER. ¿Son hombres de condición?
RINC. Son.
ER. ¿Pero adeptos o enemigos?
RINC. Amigos.
ER. *(Por Antonio.)*
Y aquel recatado, ¿es...?
RINC. Del Marqués.
ER. Pues no dejes de observarlo,
porque todos los que ves,
aunque traten de ocultarlo,
son amigos del Marqués.
¿Las seis onzas que te di...?
RINC. Aquí.
ER. ¿Y tus informes tendré...?
RINC. En el café.
ER. ¿Hará falta más dinero?...
RINC. Lo espero.
ER. Averigua lo que harán;
sigue fingiendo, embustero,
hasta terminar mi plan...
y aquí, en el café, te espero.
(Entra en el café.)
RINC. Está bien, mi capitán.
(Se dirige de nuevo al grupo de los majos.)
SERV. ¡Lo de siempre! Que los hombres
nos perdemos por quererlas.
NTO. ¡Ni picá pa *armondiguiyas*
lo paga la Chiclanera!
ERV. Es que ese Rafael Cortijo
es un hombre, donde quiera
que un hombre se ponga.
NTO. ¿Y eso
es rasón pa que eya tenga
al Marqués de coroniya,

pasando ducas? Faena
como la que ayer le hiso,
plantándose tan flamenca
y yéndose con el otro,
va a costarle cara.

RINC. Mientras
Cortijo no ande por medio
y el precio no le convenga.
¡Es un valiente ese majo!

ANTO. Pues que sea como sea,
que yo no lo sé, ni quiero,
el otro es hombre que alterna
y le da al vino lo suyo
y al cante y a lo que venga;
y que tiene aristocrasia
y sabe tratá con hembras,
y no se asusta tan fási
de bravatas ni majesas.
¡Es mucho Marqué, señores!
¡y ya lo verá el que quiera!

RINC. ¡Quizás no!

ANTO. ¿Por qué?

RINC. ¡Por nada!

ANTO. Eso no es una respuesta.

RINC. Eso es decir que ayer tarde
se llevó a la Chiclanera
Rafael Cortijo, en la Isla,
dejando al Marqués por puertas,
y que el mocito está en Cádiz,
y que en Cádiz está ella,
y a estas horas no ha corrido
mucha sangre, que yo sepa.
¡Será que el Marqués lo aguanta!

MAJ. 1.° O será que la dispresia.

RINC. O quizás que esté durmiendo.

ANTO. O que está echando sus cuentas,
y si le cuadran a gusto
pue que las pague er que sea.
*(Han hablado las últimas frases retirándose ha-
cia el foro derecha y desapareciendo poco a
poco. Por la izquierda llegan Luisa y Pacorra
que se recatan bajo sendos velos. Pacorra mi*

ra hacia el interior del café, y Luisa queda a prudente distancia.)

LUISA. ¿Está?

PACOR. Me parese a mí
que es aquel que sale ahora...
¡Er mismo! ¡Claro que sí!
(¡Bien se le ve al infelí
to lo que sufre y que yora!)

LUISA. ¡El es!

(Sale don Fernando del café y, sin parar mientes en las tapadas, va a seguir su camino, cuando se le acerca Luisa, llamándole la atención.)

Capitán...

FER. *(Duda un instante, pero se detiene y pregunta a la vez:)*
¿Señora...?

LUISA. ¿Mi nombre qué importa aquí?
¡Una mujer!... ¿No os agrada?

FER. Si es hermosa...

LUISA. ¿Qué más da?

FER. ¿Enamorada?

LUISA. ¡Quizá!

FER. ¿Correspondida?

LUISA. ¡Ignorada!

FER. ¿Y quiere?...

LUISA. Hablaros.

FER. Hablando
estáis.

LUISA. Pues bien...

FER. ¿Qué queréis?

LUISA. Advertiros que os guardéis.

FER. ¿De quién?

LUISA. De quien anda armando
celada en que tropecéis.

FER. ¿Quién puede quererme mal,
cuando a nadie ofendo yo?
Mas, si alguien en ello dió,
seremos tal para cual.

LUISA. ¡Una mujer!...

FER. ¡Muchas trato!

LUISA. Pero, entre tantas, ¿no hay una
que tiene mejor fortuna?
FER. Si no añadís otro dato...
¿Gaditana?
LUISA. *(Con intención.)*
¡Chiclanera!
FER. Acertáis... pero ¿y después?
LUISA. Cierto majo cordobés
que finge su verdadera
condición... y sé quién es.
FER. ¿Yo?
LUISA. Sí.
FER. ¿Y luego?
LUISA. La celera
o el despecho de un marqués.
FER. ¿El de Montilla?
LUISA. ¡Cabal!
FER. Pues, aunque no lo preciso,
os agradezco el aviso
LUISA. ¿Y os guardaréis?
FER. ¡Me es igual!
LUISA. ¡Es malo!
FER. ¿Y qué?
LUISA. No hay traición
que él no se atreva a abordar.
FER. ¡Para saberle esperar
me sobra a mí corazón!;
pero si en esta partida,
al albur juego mi vida,
de un traidor... ¡cómo ha de ser!
¡darla por una mujer,
es darla por bien perdida!
LUISA. ¡Según quien sea!
FER. ¿Y qué tratáis
al favorecerme así?
LUISA. ¡No lo sé!...
FER. ¿Os conozco
LUISA. Sí.
FER. ¿Y os duelo?
LUISA. Me interesáis.
¡Todo Cádiz registré

buscándoos, para advertiros
del peligro!

FER. ¿Y descubriros
no consentís?

LUISA. ¿Para qué?

FER. Quiero, mi sed al calmar,
saber la fuente en que bebo,
para saber a quién debo
mi gratitud demostrar;
y quiero saber, mirando
bajo este cielo, otro cielo,
cómo descorren su velo
las estrellas.
(Va a acercarse a ella como para quitarle el manto. Luisa retrocede rápidamente.)

LUISA. ¡Don Fernando!...
¡Atrás!...

PACOR. *(Aparte.)*
¡La hemos hecho buena!

FER. ¿Quién sois?

LUISA. ¡Dejadme!

FER. *(Persiguiéndola.)*
¡Jamás!

LUISA. Si sois caballero, ¡atrás,
don Fernando!
(Y huye rápidamente por la izquierda. Don Fernando queda un instante como paralizado y exclama después, persiguiendo inútilmente a Luisa:)

FER. ¡Elena!... ¡Elena!...
¡Gozo y tormento del alma,
que el alma me envenenó!...

PACOR. *(Descubriéndose a don Fernando.)*
¡Vamos despasio, señó!

FER. *(Reconociéndola.)*
¡Pacorra!

PACOR. ¡Un poquito e carma!;
¡cuarquiera tiene un erró!

FER. ¡Es Elena!... ¡Y yo, insensato,
que no la reconocí!

PACOR. Hay que sabé distingui

y no obrá tan de rebato.
¡Es la prima!

FER. ¿Luisa?

PACOR. Sí;
la prima que, con lisensia,
está que en selos se abrasa
por el aqué de vuesensia.

FER. Pero... ¿me dirás qué pasa?

PACOR. Yevamos tras su erselensia
dos horas, desde su casa
a caye der Sacramento,
de San Felipe ar convento,
der convento ar Pereji
y der Pereji a esta plasa.

FER. Pues ya me tienes aquí;
conque acaba pronto y dí
qué ocurre.

PACOR. ¡Carma, señó!,
que más priesa tengo yo
y no lo puedo desí
de cansá y de la caló.
Ya sabe que los marqueses
a Cádiz se trasladaron
por sarvar sus intereses,
cuando a Baesa quemaron
esos marditos franseses.
Y también que er cabayero,
en juergas y correrías
se ha pasao el año entero
bebiendo noches y días,
dándole viento ar dinero
con cuatro majas corrías...
¡que majás en un mortero
vieran las entrañas mías!
¿No es la verdad?

FER. No lo sé.

PACOR. ¿Vuesencia no? ¡Pos yo sí!;
que me pregunten a mí
lo que, tocante a bebé,
se bebe mi Antonio aqui,
que no hay viñas en Jeré,

ni en to Cádiz un toné,
garrafa, bota o barrí
que no se guiñe con é.

FER. ¿Y eso que? ¡Terminará
tu cuento con mi paciencia!

PACOR. ¡Escúcheme su erselensia,
que no queda casi na
y es poca la penitensia!
Esta mañana ha yegao
er Marqué, loco perdío;
en un sofá se ha tumbao,
la borrachera ha dormío
y en cuanti se ha dispertao...
¡la que ayí se armó, Dios mío!
Como no tiene ni un reá,
a la Marquesa yamó
y sus joyas le pidió
pa yevarlas a empeñá.

FER. ¿Y ella?

PACOR. Pos fué y se las dió...
¡mardita sea la velá!
¡mia tú si yego a ser yo,
a estas horas dónde está!

FER. ¿Pero cómo consintió?

PACOR. ¡Que le cogió la ventaja!
Tragándose la infelí
su pena, fué por la caja;
y er Marqués, fuera de sí,
sacó alhaja por alhaja
y aquí aparto este rubí,
esta perla, aquer briyante,
aquí cojo estos sarsiyos,
cadenas, broche o corgante,
reló, arfileres o aniyos,
de pronto le preguntó:
"¿Y tu coyá, dónde está?..."
Y entonse tuvo való
mi señora pa negá.
"¡Eso nunca!", contestó;
y echándosele a yorá;
de rodiyas le pidió

que se lo yevara to;
to menos aquer coyá
que de su madre heredó.

FER. ¡Sigue!

PACOR. Poco queda ya.
Ar verla, humirde y vensía,
dijo que de na valía
er que asín se lo negara;
y ar ver que se resistía,
juró que lo robaría
donde quiá que lo ocurtara;
negó... ¡y le crusó la cara
con su mano mardesía,
que asín viera yo comía
de grajos... y escarmentara!

FER. ¡Canalla!... ¡Pero saltar
entre mis manos, Elena,
verás la infame cadena
que aun te logra atenazar!

PACOR. Digo... y que quiere er coyar
porque ya se lo ha ofresío
a una maja majaera
que lo tiene entontesío.

FER. ¿A quién?

PACOR. A la Chiclanera.

FER. ¿Esta noche?

PACOR. Ese es er trato;
a mi Antonio se lo oí.

FER. Pues del Marqués lo rescato...
¡y si él no me mata a mí,
dí que es porque yo le mato!

PACOR. ¡Olé por Rafaé Cortijo!
Pero ándese con recato,
porque ése quiere, de fijo,
darle a Cortijo un mal rato
como la prima le dijo.

FER. Dile que tranquila esté,
que hombres de mi condición
no tienen nunca por qué
temer lances a traición,

Adiós, Pacorra.
(Vuelve a entrar en el café.)

PACOR. ¡Y olé
los hombres de corasón!
(Va a marcharse por la izquierda, rápidamente, cuando la detiene Antonio, que sale por el lateral.)

ANTO. Mujé...
¿a dónde con tanta priesa
va corriendo su mersé?

PACOR. ¡Antonio!...
¿Eres tú... o un primo hermano
del mismísimo demonio?

ANTO. ¿Quieres
que te diga lo que soy
y te diga quien tú eres?

PACOR. Quiero...
¡una bomba en la cabesa
que te deje sin sombrero!;
y asín
me dejabas ya tranquila
pa *el in sécula sin fin.*
¡Dios mío!,
¡y que de esta garrapata
hayas hecho a mi marío!

ANTO. Me viste
y quisás por garrapata
te gustara y me quisiste.
¿Qué quieres?...
¡Caprichosas pa los gustos
que *seis* siempre las mujeres!

PACOR. Capricho
es casarse con un hombre,
pero nunca con un bicho.

ANTO. ¡Arisca!...
¡Que te miro y te derrito
y te dejo medio bisca!

PACOR. ¿A mí?...
¡Que te guisen y te coman
y no dejen tanto así!
¡Granuja!...

¡que mereses que te ensarten
lo mismito que una abuja!

ANTO. ¡Dílo!
¡Si te baila por los labios!
¡Yo tu abuja y tú mi hilo!

PACOR. *(Intenta tomarle las manos.)*

PACOR. *(Rechazándole.)*
¡Suerta,
o te doy en las narises
un sopapo de ida y vuerta!

ANTO. ¡Vaya,
no te pongas tan flamenca,
que te pasas de la raya!

PACOR. ¡Bueno!...

ANTO. ¡Bueno soy... aunque parezca
más malito que er veneno!

PACOR. Tú ¿eh?...

ANTO. ¡Bueno!... aunque no me separe
un minuto der Marqué.

PACOR. ¡Basta!

ANTO. ¿Tú no sabes que reniego
de su nombre y de su casta?
¡Chiquiya!...
Lo que quiero es hasé pronto
una buena pacotiya.
¡Dinero,
pa sé siempre en este mundo
y en toas partes er primero!
Consigo
lo que busco... ¡y a mi casa
a gastármelo contigo!

PACOR. ¡Mira
que si to lo que me dises
no supiera que es mentira!

ANTO. ¡La pura!
¿Iba yo a darte esta vía
por mi gusto, criatura?

PACOR. ¡Antonio!...
¿Eres tú o un primo hermano
der mismísimo demonio?

ANTO. Por hoy,

¿pa qué vamos a engañarnos?
Lo que tú más quieres soy.

PACOR. ¡Verdá!
¡Que tenga que confesarlo!...
¡Mardito sea un vendavá!

ANTO. *(Después de una corta pausa.)*
Y ahora...
dí, Pacorra... ¿dónde guarda
ese coyar tu señora?

PACOR. *(Indignada.)*
¡Fuera!
¡Vete ya, so mar nasío,
porque si te lo dijera,
meresía
que la lengua me picaran
y no pagaba entoavía!
¡Vete
adonde yo no te vea,
cara de arca...rde de Güete!
¡Dile
al Marqué que le ha fayao
conmigo er correveidile!

ANTO. *(Amenazándola.)*
¡Caya,
o te...!

PACOR. ¡Pega si quieres,
iguá que el otro canaya!
¡Y suerta,
que antes que seguí tus planes,
primero me verás muerta!
(Y huye por la derecha.)

ANTO. ¡Espera, tú!... Pero no;
después de to, será iguá.
(Por la izquierda llega el Marqués de Montilla, que con cierto sigilo llama a su criado. El Marqués es un hombre de porte distinguido, joven y apuesto.)

MARQ. Antonio...

ANTO. ¡El Marqué!... Señó...
¿Qué, to listo?

MARQ. Claro está;

trabajillo me costó,
pero yo soy siempre yo
y nadie a mí me la da.

ANTO. ¡Es usté grande!

MARQ. ¡Solera
que uno tiene y da buen vino!
(Saca del bolsillo un soberbio collar de perlas, que enseña orgullosamente a Antonio.)
¡El collar!

ANTO. ¡Tiene buen sino
Rosario la Chiclanera!

MARQ. ¿Qué es lo que un hombre no hará
por una mujer así?

ANTO. ¡Pues claro!

MARQ. ¿Y tú hiciste?

ANTO. Sí.

MARQ. ¿Esa gente?

ANTO. Apalabrá.

MARQ. ¡Así me gusta! No es miedo;
pero si en esta jornada
procedo como procedo,
es sólo porque no puedo
ni quiero medir mi espada
con la de un majo cualquiera
que a mi alcurnia no responda
por si éste ronda o no ronda
quitarme a la Chiclanera.
Para aventuras así
gente pagada es mejor.
¿Esta es de fiar?

ANTO. ¡Señor,
como elegida por mí!

MARQ. Cuando pago bien exijo
que se me sirva a cegar.

ANTO. No ha de volverle a estorbar
el guapo Rafael Cortijo.

MARQ. ¡Nada de sangre!

ANTO. Ya sé.

MARQ. Ni yo quiero, ni él lo vale;
basta que se le regale

con una paliza que
le escarmiente.

ANTO. ¡O le señale!
Si resiste...

MARQ. Desarmadlo.

ANTO. ¿Y si tampoco se asusta?

MARQ. Es señal de que le gusta
algo más: apaleadlo.

ANTO. Está mu bien

MARQ. Pues, corriente.

ANTO. Descuide, que así se hará;
¡va a haber risa de verdá!

MARQ. Silencio, que viene gente.
(El grupo de majos, que entra por donde se marchó, rodea aduladoramente al Marqués de Montilla.)

SERV. ¡Señó Marqués, que Dios guarde
a lo mejor de esta tierra!

MARQ. Salud a todos.

ANTO. Y a usía.

RINC. Buenas tardes.

MARQ. Se presentan
bastante bien, a Dios gracias.
Mas decid: ¿Qué se comenta
en esta reunión de amigos,
gala y flor de la majeza?
Porque hoy, no hay duda que tiene,
para comentarlo, un tema
pintoresco y de aliciente.

SERV. ¿Cuál?

MARQ. Que me aguara la fiesta,
ayer tarde, en San Fernando,
Rosario la Chiclanera.

ANTO. Pero no es de eya la culpa,
señó Marqués—con lisensia—,
sino de quien, como usía
le dió lao, complasiéndola
y yevándola a la Isla.

RINC. ¡Digo, y que fué para verla,
que iba por ese Puntales
talmente como una reina!

MARQ. ¡Hombre, no! Si fué a las Cortes,
y pagué la carretela,
fué porque quise lucirla,
no porque ella se luciera.
Y el marcharse con el majo
que dicen que la festeja,
y que si nunca le he visto,
conocerle no me inquieta,
por darme achares o coba:
que es preciso conocerla
y saber que lo que hace
no tiene más consecuencias
que las que a mí se me antojen,
cuando y donde me convenga.
Yo no conozco al mocito;
si alguno le conociera.
hará bien en prevenirle
que se ande muy ojo alerta,
porque no gusto de bromas,
y el que con mis naipes juega,
tal vez pudiera ganarme,
pero es más fácil que pierda.

MAJ. 1.° ¡Eso está muy rebién dicho!

ANTO. ¡Eso es hablá con consensia
de su valer!

SERV. Y que todos
estamos a su defensa.

MARQ. Gracias, pero no hace falta;
me basta con que se sepa
que ni Cortes ni Cortijos
con bravatas me amedrentan.
Conque, basta ya, señores,
que no merece la pena,
y he de tratar un asunto
que a todos nos interesa.
Ofrecí, al hacer las paces,
hoy mismo, a la Chiclanera,
satisfacerle un capricho
—una alhaja que desea—,
y tengo, para entregársela,
organizada una juerga

en la Venta del Cotorro,
la que tiene en Puerta e Tierra.
Cuento con todos vosotros,
que sin vosotros no hay *juerga*
Y en cuanto a Rafael Cortijo...
¡que haga lo que le convenga,
y ya sabe dónde estamos,
si quiere aguarnos la fiesta!
Conque, lo dicho: esta noche,
sobre las diez, en la venta.

MAJ. 1.° Y agradesíos nosotros.

MARQ. Pues no se hable más; y, en prenda,
tomaremos unas cañas
para hacer boca.

ANTO. Se aceptan.
¡Viva er Marqués de Montiya!

MARQ. ¡Vaya por la Chiclanera!
(Se marchan todos por la derecha, siguiendo el Marqués. Rincón se queda rezagado, mirando al café, de donde, y casi al mismo tiempo, sale don Fernando.)

FER. ¡Eh, Rincón! ¿Qué sabes? ¡Pronto!

RINC. *(Mirando hacia el sitio por donde se fueron los majos.)*
Mi capitán, con cautela;
porque pueden escamarse,
y hasta ahora nadie sospecha
de que Cortijo y usía
la misma persona sean.

FER. ¡Pronto! ¡Dí lo que trataron!

RINC. Pues que esta noche habrá juerga.

FER. ¿Dónde?

RINC. En casa del Cotorro,
la que tiene en Puerta e Tierra.

FER. ¿Hora?

RINC. Las diez.

FER. ¿Mucha gente?

RINC. La precisa.

FER. ¿Suya?

RINC. Y nuestra.

FER. Pues silencio y hasta luego.

Ve con todos a la venta,
y a las once, disfrazado
como siempre, en plena fiesta
caeré yo.

RINC. Pero... ¿merece
esa infeliz Chiclanera
que dos personas cabales
puedan matarse por ella?

FER. ¿Tú qué sabes?
(Aparte, yéndose.)
¡Oh, Fernando!
llegó el momento que anhelas.
¡Libre, sí, libre!... Cortijo:
eres tú quien ha de habérselas
cara a cara con el hombre
más odioso de la tierra.
¡Afila bien tu navaja
y pon el alma tras ella!

TELON

CUADRO CUARTO

El Collar.

Patio de la venta del "Cotorro". Tapia al foro, con puerta practicable. A la izquierda, puerta de entrada y una reja baja, volada, que llega al suelo, ambas cubiertas con frondosa parra. A la derecha, cuerpo de la casa, practicable también, si es posible. Macetas de flores y cuanto contribuya a dar carácter y propiedad a la decoración. Cubriéndolo todo, un cielo de septiembre, claro y estrellado. Hacia la izquierda, una mesa y varias sillas; en la derecha, otra mesa con un par de sillas y lo mismo, hacia el foro derecha. Antes de levantarse el telón, se oyen palmas, vítores y rasgueos de guitarra y una voz femenina canta la clásica seguidilla:

"Con las bombas que tiran
los fanfarrones,
se hacen las gaditanas
tirabuzones."

Poco después, se levanta el telón y aparece La Corales encima de una de las mesas, como si acabara de bailar. Alrededor, de pie y sentadas, La Chiclanera, el Marqués de Montilla, Antonio, Rincón, Gavando, majas y majos. Palmadas y vivas a la bailaora, a quien todos se disputan el piropearla y ayudarle a bajar de su improvisado pedestal. El Marqués bebe sin cesar, dando muestras de estar ya a medios pelos.

MARQ. ¡Ole ya por la Corales!
CRV. ¡Flor de canela molía!
ANTO. ¿Son pestañas o puñales?
CRV. ¡Ay, si tuviera caudales
como tengo fantesía!
MAJ. 1.º ¡Y que no sabe dar guerra!
MAJ. 2.ª ¡Pa ganá siempre virtoria!
(Dándole una mano para ayudarla a bajar de la mesa.)
ANTO. ¡Asín bajan a la tierra
los ángeles de la gloria!
CRV. ¡Eso es mové los pinreles,
y lo demás es jonjana!
PORA. ¡Grasia!
ANTO. ¡La tuya, gitana,
que no la pintan pinseles!
PORA. ¡Josú, qué ponderativo!
ANTO. Ponderá... es distinguí.
CRV. ¡Yo no pueo ya discurrí
si estoy muerto o si estoy vivo
cuando se me mira así!
MAJ. 1.º ¡Pisa mi capa!
PORA. *(Haciéndolo.)*
¡Ya está!
MAJ. 1.º *(Recogiendo su capa y besándola.)*
¡Ole, garbosa!
PORA. *(Riendo coquetonamente.)*
¡Josú!
MAJ. 1.º ¡Ya es una capa bordá
que to el oro del Perú
no la pudiera pagá!
(Sigue la algazara. Corales se ha acercado a

la mesa donde están la Chiclanera y el Mar-qués.)

MARQ. *(A la Corales.)*
¿Estás contenta, mujer?

CORA. ¡Sí que lo estoy!
(Siguen hablando en voz baja.)

ANTO. *(A los demás, invitándoles a beber.)*
¡Cabayeros,
a remojá los gargueros!

MARQ. ¡Santa palabra, beber!
¡Que corra la manzanilla,
y a ver quién mejor la traga;
que quien hoy el gasto paga
es el Marqués de Montilla
y nadie lo deja en zaga!
¡Tú conmigo, Chiclanera,
coralito de la mar!
(La invita a beber en su propio vaso, que Chiclanera rechaza.)

CHIC, ¡No bebas más!
(Y quiere arrebatarle el vino.)

MARQ. ¡Quita, fiera!

CHIC. ¡A ver si la borrachera
te hase no darme el collar!

MARQ. ¡Uno de besos pondré
en tu garganta de nieve!
¡Vino!

CHIC. ¡Que no!

MARQ. *(Imperativo.)*
¡¡Vino!!

CHIC. *(Le pone delante, con un gesto de desprecia-va resignación, el vaso que le había arreb-tado.)*
¡Bebe!

MARQ. *(Bebiendo.)*
¡Pues claro que beberé!...
¡Y un beso, después del trago,
para que mejor me sepa!
(La Chiclanera lo rechaza bruscamente. Marqués da un golpe sobre la mesa y hace tam-balear copas y botellas.)

¡También es mía esa cepa,
porque para eso la pago!
¡Un beso, he dicho!

IC. ¡Que no!

RQ. Si es otro te lo pidiera...

IC. ¡Pué que entonses se lo diera!

RQ. ¡Si es que te dejaba yo!

IC. *(Muy melosa, como quien cambia de táctica.)*
Hasta tener el collar
no te regalo ese beso

RQ. *(Cada vez más ebrio.)*
Entonces... ¡lo que es por eso
no habremos de pelear!
(Saca la alhaja y, mostrándola, dice:)
¡Míralo!

TO. *(Acercándose, admirando la joya.)*
¡Soberbia alhaja!

RA. *(A la Chiclanera.)*
¡Vaya una suerte, mujer!

RQ. ¡Ahora es cuando va a valer
si en el cuello de mi maja
lo miro resplandecer!
(La Chiclanera, bromeando, trata de arrebatárselo; pero el Marqués la esquiva y, cínicamente, sonriente, lo vuelve a guardar.)

IC. ¡Pues toma el beso!

RQ. *(Dándole un empellón.)*
¡Ya no!

IC. ¡Tómalo!

RQ. ¡Que no, te he dicho!

IC. ¿Por qué?

RQ. ¡Porque en mi capricho
nadie manda más que yo!

RA. *(A la Chiclanera, como indicándole que no haga caso del Marqués.)*
¡Está borracho!

RQ. ¡Pues bueno!

IC. Eres...

RQ. *(Interrumpiéndola.)*
¡Como quiero ser!

IC. ¡No hay quién te sepa entender!

MARQ. *(Rechazándola, cada vez con más brusquedad*
¡Pues déjame en mi terreno!
(La Chiclanera se ha apartado un poco del Mar-
qués y habla con la Corales como comentan-
con ésta la actitud de aquél. El Marqués im-
rroga aparte a Antonio.)
Y ese hombre... ¿se la ganó?
ANTO. Ganándosela estará.
RINC. *(Aparte y mirando con ansiedad hacia el sit-*
por donde supone que debe llegar don Fer-
nando.)
(Mucho se retrasa ya
y a las once prometió
dejarse ver por acá.)
MARQ. *(A la Chiclanera, con una cínica sonrisa lle-*
de ironía.)
Pensando estoy, Chiclanera,
que lo que es por esta vez,
ese majo de almirez
te piensa dar buena espera.
CHICL. Puede.
MARQ. Si se ha acobardado,
¿por qué de guapo blasona?...
¿Cómo es que así te abandona
para dejarte a mi lado?
¿Por qué no le diste cita
para que viniera aquí?...
CHICL. Porque, pa buscarme a mí,
él nunca la nesesita:
¡su ley es ley de verdá!
MARQ. Pero si te da desdenes...
CHICL. Tarde o temprano vendrá.
MARQ. Pues... mucho se tarda ya.
(En este momento se abre la puerta de entr-
da y aparece don Fernando, que viene vestid-
de majo y embozado en su capa. Derriba
embozo con gallardo ademán y paseando
vista por el patio, saluda serenamente y co-
toda naturalidad.)
FER. ¡Buenas noches!
CHICL. *(No puede reprimir su sorpresa y se dirige*

Marqués que, como todos, queda inmóvil y sin saber qué hacer.)

¡Ahí lo tienes!

RINC. *(Aparte.)*
¡Por fin!

CHICL. ¡Rafaél...

MARQ. *(Conteniendo a la Chiclanera.)*
¡Cállate!
(Aparte a Antonio, como recriminándole.)
¿No salías tú fiador
de aquella gente?

ANTO. *(Sin saber qué decir.)*
Señor...

MARQ. ¿Cómo está aquí?

ANTO. ¡No lo sé!

(Hay una pausa embarazosa. Don Fernando se quita la capa y el sombrero, arrima tranquilamente una silla a la mesa que habrá vacía en uno de los lados y, sin inmutarse, pero desafiante, pregunta.)

FER. ¿No merece una respuesta
quien al entrar saludó?...
¿O es que el saludo no oyó
nadie?

SERV. Sí...

FER. ¡Pues se contesta!
¡O a ver si he venido yo
para interrumpir la fiesta!
¡Que siga!; como el primero,
yo sé apurar una jarra,
arañar una guitarra
y manejar un acero.
¡Tres cosas, que en una fiesta
no deben nunca faltar,
y yo os puedo asegurar
que no faltarán en ésta!:
el vino... para beber,
las coplas, para soñar,
y el acero, para ver,
si hay quien quiera disputar
vino, coplas o mujer.

¡Conque, por mí, a comenzar,
que no hay tiempo que perder!
(Da un fuerte golpe en la mesa.)
¡Vino!

MARQ. *(A Antonio.)*
¡Pendenciero viene!

ANTO. Esté esía descuidao,
que, en teniéndome a su lao,
guardás las espaldas tiene.

SERV. Se me ocurre, pa embromarlo,
que, dándole más selera,
sea la misma Chiclanera
quien se aserque a convidarlo.

MARQ. ¡Eso está bien!

CHICL. ¡Si yo quiero!

MARQ. ¡Que vas a querer!

CLICL. ¡No!

MARQ. ¿No?...
¡Tú harás lo que mande yo
sin rechistar y ligero!

CHICL. *(Como quien de pronto toma una determinación.)*
¡Pues quisá será mejó!
¡Trae acá!
(Toma una copa de las que hay en la mesa y la llena de vino.)

MARQ. ¡Pero...!

CHICL. ¡Sin pero!
¡Como si este vino fuera
mío!

MARQ. *(Dejándola hacer.)*
¡Me es igual: transijo!
(La Chiclanera se acerca decidida a la mesa donde está don Fernando. Este, al verla llegar, se levanta cortésmente.)

CHICL. ¡Dios guarde a Rafaé Cortijo!

FER. ¡Dios guarde a la Chiclanera!

CHICL. *(Ofreciéndole el vino.)*
¿Se atreve un majo a beber
lo que una maja le ofrese?

ER. ¡Según a quien le interese
la convidada ofrecer!
HICL. ¡A mí!
ER. ¡Venga!
HICL. ¡Se agradese!
(Le entrega el vaso, que don Fernando mantiene un momento en alto, antes de beber, como admirándolo.)
ER. ¡Divino vino andaluz
que duda, al ver esa mano,
cuál es el cristal tirano
que está encerrando su luz!;
a tu dorado trasluz
¿qué habrá que parezca triste?
¿Quién será el que no conquiste,
en ti, juventud y amor,
si todo, a tu resplandor,
de resplandores se viste?
¿Oro fundido?... ¡Cabal!
¿Sol hecho aroma?... ¡También!
Mas, lo que otro dijo bien,
¿por qué decirlo yo mal?
Luz... perfume... sol... cristal...
que el cielo deja entrever...
¡Antes, si pudiera ser!;
ahora, ¿quién podrá elogiar
lo que te acaba de dar
la mano de esta mujer?
CHICL. *(Complacida de la galantería y como dirigiéndose al Marqués al mismo tiempo que agradece a don Fernando la fineza.)*
¡Eso es una flor!
FER. Que prueba
a merecer otra flor.
CHICL. ¿No bebe?
FER. Antes de que beba,
¿será mucho que me atreva
a suplicarle un favor?
CHICL. ¡Diga usté!
FER. *(Devolviéndole el vino.)*
Que ese capullo

de sus labios ponga aquí,
para saber que esto es suyo.

CHICL. ¿Capricho?

FER. ¡O quizás orgullo!

CHICL. *(Bebe con gran coquetería y entrega de nuevo el vaso a don Fernando.)*
¿Así es como quiere?

FER. ¡Así!
(Toma el vaso y después de beber dice:)
Y así, además de las mieles
del sanluqueño panal,
bebo en el limpio cristal
el olor de los claveles
de su boca de coral.
(La Chiclanera ha vuelto a la mesa donde está el Marqués, a quien tratan de calmar Antonio y la Corales, y deja el vaso, mirando despreciativamente al Marqués. Este ya no puede contenerse y se incorpora, tambaleándose, pero amenazador.)

MARQ. ¡Se acabó! ¡Ya no tolero
audacia tan descortés!

FER. *(Provocativamente burlón.)*
¿Decía el señor Marqués?...

SERV. ¡Nada!

FER. ¡Pensé!... ¡Lo primero
ya está: el vino!; ahora después,
la copla...

MARQ. ¿Y luego?

FER. *(Con burlesca cortesía desafiante.)*
El acero,
si alguno tiene interés
en apreciar lo certero
del de un majo cordobés.
(Al Marqués, en voz baja.)
Como apreciarlo ha sabido
el tropel asalariado
que, contra mí apercibido,
por fuerza, si no de grado,
recibió su merecido.
Y un consejo darle quiero,

si es que no lo toma a mal:
no compre ajeno puñal
porque es tirar el dinero.

CORA. ¡Esto es un hombre!

CHICL. *(Al Marqués.)*
¡Te puede!

MARQ. ¡Me desconcierta!

CHICL. ¡Y te humilla!

MARQ. ¡Pero el Marqués de Montilla
a nadie el paso le cede!
Chiclanera: si ese majo
tan bien te chicoleó,
lo mismo puedo hacer yo
con mucho menos trabajo
del que a su audaz desparpajo
piropearte costó.
(Se incorpora con toda la ligereza que su ebriedad le permite y, llenando un vaso de vino, imita torpemente y en son de burla lo que don Fernando dijo, a su vez, cuando se acercó a brindarle la Chiclanera.)
¿Sol líquido?... ¡Puede ser!
¿Oro derretido?... ¡Sí!;
mas para que pueda ver,
digno al par de ti y de mí,
el que te voy a ofrecer
y cobre un nuevo sabor,
¡mi rumbo le va a agregar
las perlas de este collar
para que sepa mejor!
(Y, fachendosamente, echa en el vino que ofrece a la Chiclanera el collar de perlas.)
¡Tuyo es, por fin, Chiclanera!
¿Lo aceptas?

CHICL. *(Duda un instante, pero, en definitiva, acepta el brindis.)*
¡Claro que sí!

FER. ¡Si no estuviera yo aquí
y brindis tal consintiera!

CHICL. *(Con sorpresa.)*
¿Eh?...

MARQ. *(Con indiferencia, bajo el creciente efecto de su embriaguez.)*
No hagas caso, mujer;
que, después de tanto hablar,
lo haremos enmudecer;
bebe, si quieres beber...
y guárdate tu collar.
FER. *(Con imperio.)*
¡Quieta!
MARQ. ¿Y quién lo manda?
FER. ¡No
es que lo mando, lo exijo!
MARQ. ¡Es poco Rafael Cortijo!
FER. Ya te diré quién soy yo.
MARQ. ¡Un majo!
FER. ¡Un hombre de pro
que mantendrá lo que dijo!
(A la Chiclanera.)
¡Quieta! ¡Y ay del que se atreva
otra cosa a proponerte,
porque, al pronunciarlo, lleva
entre sus labios la muerte!
MARQ. *(Irónicamente; en plena borrachera cuyos detalles se encomiendan al buen gusto del actor.)*
¡Bah!... ¡Más vino!... Y sin chistar,
que, ante su majeza, cedo.
¿Dijo el mocete "¡A callar!"?...
¡pues todo el mundo a temblar,
en su presencia, de miedo!
(Riendo brutalmente.)
¡Tú, niña, ponte el collar,
que yo, de risa, no puedo!
FER. ¡Cobarde!
CHICL. *(Interponiéndose.)*
Basta; que aquí
no hay valor ni cobardía
que me convensan a mí;
que al final de la partía,
sólo la palabra mía
es la que ha de desidí.
GORA. ¡Bien, Rosario!

MARQ. Póntelo,
que es mi gusto... ¡y lo he mandado!
FER. ¡Y yo repito que no!
Ese collar es robado
a una mujer que imploró
a tu corazón malvado
respetar lo que heredó
de su madre y que, en sagrado,
como reliquia guardó,
y yo vengar he jurado
las lágrimas que costó.
CHICL. ¿Y esa mujer?
MARQ. Es la mía;
luego ni el collar robé
ni comprendo la osadía
de este majo.
CHICL. ¡Cállate
esa lengua mardesía,
si no puedes comprendé
lo que vale entodavía
er yanto de una mujé!
¡Si me quedara con é,
las manos me quemaría!
FER. *(Conmovido.)*
¡Chiclanera!
CHICL. ¡Rafaé!:
si puedes, yévaselo,
toma er vaso y er coyá;
mi mano no lo tocó;
¡parese que Dios veló
pa asín poderlo salvá
de que lo manchara yo!
MARQ. *(Sujetándole el brazo.)*
¡Eso será si yo quiero!
CHICL. ¡Y si no quieres, también!;
que en el mundo, lo primero
es la vergüensa.
MARQ. ¡Qué bien
te aleccionó el caballero!
Primero, desafiarme;
después, de cierta manera,

procurar exasperarme
con tus celos, Chiclanera;
luego, con coplas, sacarme
el collar que te ofreciera
y, al fin y al cabo, robarme;
¡que se lo lleve, si ésa era
su intención al provocarme!

FER. ¡Canalla!

MARQ. Pero el dinero
que vale lo has de obtener
lo mismo que un pordiosero:
¡tirándolo yo!

FER. ¡A no ser
que te lo impida mi acero!
(Hace brillar la hoja de su navaja.)

MARQ. *(A punto que la Chiclanera va a ofrecer nuevamente el vaso con el collar a don Fernando, el Marqués le da un manotazo y hace rodar vaso y collar, mientras dice:)*
Ya está donde quise, ¿y qué?
¡Bah!...
(Cae en una silla riendo con risa de idiota.)

FER. Si algo en tus venas arde,
de hombría, defiéndete,
¡o si no, te mataré
como se mata a un cobarde!
(Hay un gran revuelo en que todos se arremolinan. Don Fernando va, a acometer al Marques que, idiotizado bajo los efectos de su embriaguez, permanece indefenso. La Chiclanera se interpone, pero don Fernando trata de separarla.)
¡Quítate tú, Chiclanera!

CORA. ¡Esto ya no es valentía!

CHICL. *(Señalando al Marqués.)*
¡Si está borracho!

FER. *(Se detiene y dice, con serenidad, mientras guarda tranquilamente su navaja.)*
¡Este día
le salva su borrachera!
(Antonio, Servando y otros majos han conse-

guido levantar el cuerpo del Marqués y lo llevan hacia el fondo. Otros, queriendo acometer a don Fernando, tratan de cercar a éste, pero él saca de su faja un pistolete y, encañonando al grupo, dice:)

¡Quien se mueva es hombre muerto!
¡Y el que esté a mal con su vida,
tenga por cosa sabida
que yo, cuando apunto, acierto!

(Todos retroceden; don Fernando, sin inmutarse, guarda de nuevo el arma que ya había apestillado y llegándose al sitio donde cayó el collar, lo recoge.)

HICL. Llévaselo a la marquesa,
Rafaé.

ER. Y yo te juro
que si, de nuevo, seguro
irá a su mano, me pesa
que el verlo así rescatado
de quien lo robó, haya sido
a costa de haber sufrido
un lance tan desdichado.
(A Rincón.)
¡Rincón!, en la puerta espero.

INC. Voy con vuecencia, señor.

HICL. ¿Qué?...

ERV. ¿Vuecencia?

HICL. ¡Un caballero!

ER. Que haciendo a su sangre honor,
cumplir su deber aspira.

HICL. ¡Si es por otra su interés,
fué su cariño mentira!
(Cae de bruces en la mesa, llorando.)

ER. Decid todos al Marqués
que Rafael Cortijo es
don Fernando de Altamira;
que el vino... ya lo olvidé,
que la copla... no voló
y que el acero guardé,
porque siempre desprecié
a quien no se defendió;

que donde él quiera le aguardo
como mejor le convenga;
y que, venga como venga,
¡ya me parece que tardo
en vengar el desafuero
de su más villana acción
hundiendo en su corazón
mi espada de caballero!
Cuenta, de antaño vencida,
que liquidar me interesa;
losa de bronce que pesa
sobre el amor de mi vida.
De ganar o de perder,
juguemos, pues, el azar...
(A la Chicianera, que aún continúa llorando e silencio.)
¡Por ti lo siento, mujer,
que hechas llanto ves caer
las perlas de tu collar!
(Toma su capa y su sombrero y sale, mientra rápidamente cae el

TELON

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

DIES IRÆ

CUADRO QUINTO

Libertad y amor.

Sala de recibir en casa de don Fernando, en Cádiz. La acción s desarrolla en la tarde siguiente a lo ocurrido en el acto anterio Están en escena el Barón de Bazán y el Conde.

COND. Fuera el lance divertido,
si el nombre de la Marquesa

no se entremezclara en esa
aventura de burdel.
Seguid. ¿El collar?

AR. Pacorra,
de madrugada esperando
estaba, llegó Fernando,
y, a su propósito fiel,
le dió la alhaja, y más tarde
me pidió que me avistara
con vos y que concertara
un duelo con su rival;
duelo en que nada le asiste,
ni hay en la torpe aventura
más razón que la locura
de su fiebre pasional.

OND. Haremos por qué desista.

AR. Me lo propongo y lo espero.

OND. Fernando es un caballero,
y se habrá de convencer.

AR. Pero si no lo alcanzara,
poniendo a Dios por testigo,
a fe de Bazán, os digo
que por la fuerza ha de ser.

OND. ¿Y si el Marqués desafía,
demandando explicaciones
y exigiendo condiciones
como requiere su honor?

AR. En ese caso habrá duelo;
pero bien veis que se tarda,
y ya Fernando no aguarda
ni da plazo a su rencor.

OND. ¿Pensáis?

AR. Que a su acción responda
como cumple a un caballero,
si reta el Marqués primero;
mas, si no reta el Marqués,
haré que Fernando salga
de Cádiz mañana mismo,
evitándole el abismo
que se está abriendo a sus pies.

OND. ¿Podréis conseguirlo?

BAR. Acaso.
COND. ¿Teméis?
BAR. Lo que no quisiera.
COND. ¿Del Marqués?
BAR. O de cualquiera.
COND. ¿Una emboscada?
BAR. Quizá;
y si ha de jugar su vida
y en perderla se recrea,
como un caballero sea,
como un villano, jamás.
COND. ¿Podréis confiarme...?
BAR. Quiero
que reservéis lo que os digo;
Villavicencio es mi amigo,
y, como gobernador,
me ha prometido prenderle,
tomando como pretexto
que usara nombre supuesto
durante el sitio. El favor
se completará al lograrse
de Wellesley que, al cuidado
mío, y como deportado,
salga de Cádiz por mar,
de tal modo que, a mi aviso,
cuando convenga a mi empresa,
en una fragata inglesa
lo conduzca a Gibraltar.
¿Qué opináis?
CONDE. No sé deciros,
tal vez en ese plan vuestro,
verá Fernando un secuestro,
del que habréis de responder.
BAR. ¡Bah! cuando cuentas me pida,
si mis designios recela,
ya habremos dado a la vela.
COND. ¿Tan pronto?
BAR. Al amanecer.
Amanecer que derrame
luz en la horrenda negrura
de su pasional locura,

que en odios cristalizó;
amanecer de su alma;
aurora de su conciencia;
claridad que la experiencia
de mis años procuró.

COND. Mucho os debe.

BAR. Más le debo;
que aunque le diera mi vida,
fuera paga inmerecida
a su cariño... ¡filial!

COND. ¿Decis, Barón?...

BAR. Nada digo:
comento un hecho concreto.

COND. Perdonadme si, indiscreto,
pude causaros un mal.

BAR. Y perdonadme si os pido
como favor, que no siga
camino tan espinoso
nuestra cordial entrevista.
(Pausa breve.)

COND. Tarda Fernando.

BAR. Ha salido...
pero ya está aquí. Precisa
que ignore cuanto preparo.

COND. Disimulad.

BAR. Pues decía...
(Entra don Fernando por la izquierda y va impaciente hacia ellos.)

FERN. ¡Amigos míos!...

BAR. ¡Por siempre:
en la muerte y en la vida!

FER. ¿Hicisteis?...

BAR. Nada de nuevo.

FERN. ¿Sin noticias?

BAR. ¡Sin noticias!

FER. ¿Con esperanza de hallarlas?

BAR. ¡Con miedo de recibirlas!
Razón al Marqués le asiste;
la provocación...

FER. *(Interrumpiéndole.)*
¡Fué mía!,

y cien veces, en tal paso,
guardando mi propia estima,
¡como le reté una vez,
cien veces le retaría!

BAR. ¡Calma, mozo!

FER. ¡Cuando mire
mi espada en su sangre tinta!

BAR. ¿Condiciones?

FER. ¡Las que él ponga!

BAR. ¿Lugar?

FER. El que se precisa
para que, avisado o torpe,
no haya quien el lance impida.

BAR. ¿Armas?

FER. ¡De muerte!

BAR. ¿Testigos?

FER. Vosotros y la justicia
de Dios.

BAR. ¿Ventajas?

FER. Ninguna.
que si me ampara, le rinda;
y mejor hoy que mañana,
que cualquier hora es propicia
para arrancar a un cobarde,
con el corazón, la vida.

BAR. * ¡Mala consejera es siempre
en estos trances la ira!

FER. ¡Pues poniendo a la ira freno,
soltaré al odio la brida:
igual veneno de muerte
en dos pasiones distintas!

COND. ¿Luego insistís?

FER. ¡En matarle!

BAR. ¿Con qué razón?

FER. ¡Con la misma
que a él le asistió, para hacer
de una inocente su víctima!
Lengua que así la escarnece,
cercénela mi cuchilla;
mano que le llegue, torpe,
cruja en mi mano, partida

su vil armazón de huesos
hasta troncharse en astillas;
y corazón tan cobarde,
que tan rastrero palpita,
¡dé con su sangre villana
satisfacción a la mía! *

BAR. Pues no hay remedio...

FER. ¡A lo hecho
vamos... y Dios nos asista!

BAR. ¿Remedio?... En tu mano estuvo;
la patria te lo ofrecía,
cuando en las horas de ahora,
por el tirano oprimida,
de su libertad sagrada
ve la bandera hecha trizas.
Patria y Libertad, a un tiempo
tus arrestos solicitan;
* y en aventura de loco,
más necias si más equívocas,
tus arrestos derrochando
hacia un abismo caminas,
pues buscándolo o huyéndolo,
cualquier camino que elijas,
en derechura a la muerte
sus sirtes te aremolina. *

FER. ¡Patria y Libertad: ¡la clave
de las ansias de mi vida!;
¡única luz que mi herida
ungir con bálsamo sabe!...
¡Patria y Libertad!... ¡Mejor
que nadie las sé estimar,
porque, en ellas, mi dolor
consiguió simbolizar
las congojas de un amor
en constante batallar!
Patria que un vil extranjero
mira a sus pies humillada:
para salvarte, una espada,
sus relámpagos de acero
fulmina en mi mano airada.
Mujer, que oprimida lloras

por un dogal criminal:
¡yo quebrantaré el dogal
que dieron manos traidoras
a tu cuello virginal!
¡Libertad!... ¡Tenéis razón!;
¡que cada uno a su manera,
pero en hermanada acción,
eche por brasa a su hoguera
la brasa del corazón!
¡Libertad para el anhelo
de la plebe soberana,
que para ser más humana
quiere empaparse de cielo!
¡Libertad para pensar,
libertad para reír,
y libertad para herir
los aires con un cantar,
o para poder llorar
cuando un negro porvenir
quiera sus rayos blandir
sobre el nativo solar!
Con la espada o con la pluma,
con el yunque o con la esteva,
¡que su fermento remueva
y a su calor se consuma
el alma y renazca nueva!
¡Libertad en el hogar
y en las Cortes y en la plaza!;
no aquella en que se disfraza
bajo cobarde adular
el mandato y la amenaza,
¡sino aquella que es sillar
de la vida de la raza,
porque tiene, en su ondear,
reflejos de ígnea coraza,
casto equilibrio de altar
y oro de crujiente hogaza
en la mesa familiar!...
La muerte no me intimida,
si mi vida he de perder
por no verla escarnecida;

Patria... Libertad... Mujer...
¡Las tres me disteis el ser!...
¡Bien os merecéis mi vida!
(Entra Rincón por la puerta del foro.)

RINC. Mi capitán...
FER. ¿Qué sucede?
RINC. Aguarda en la galería
quien dice que con urgencia
veros y hablaros precisa.
FER. ¿Quién es?
RIN. No dijo su nombre.
FER. Pues que aguarde.
RIN. Por mi vida,
que es ésta la vez primera
que ordena a Rincón usía
hacer guardar antesala
a mujer que le visita.
FER. ¿Una mujer?
RIN. Y a la cuenta,
según lo que se adivina
por su gesto y por su empaque
noble, joven y bonita.
FER. ¿Noble?
RINC. Por tal la declaran
las sedas que la atavían;
su fino talle cimbreño
bien cortos años publica,
y por hermosa la vende
el fuego de unas pupilas,
a cuyas negras miradas
corre negra celosía,
la afiligranada blonda
de su almagreña mantilla.
FER. Condúcela aquí, al momento.
(Al Barón y al Conde.)
Y perdonad si os suplica
mi ansiedad...
BAR. *(Interrumpiéndole y disponiéndose a salir.)*
Ello es tan justo,
que mi deseo imagina
el tuyo, y en el salón

te aguardamos.
(Aparte, a don Fernando, después, o entretanto, que sale el Conde.)
Desconfía
de mujer que para hablarte
recatarse necesita:
o se estima demasiado,
o en poca cosa te estima.
(Sale en vos del Conde. En seguida entra Luisa, recatado aún el rostro y conducida por Rincón, que se retira apenas le ha franqueado la entrada.)

LUISA. * ¿Qué debe un hombre pensar
de una mujer que hasta aquí
se atreve a llegar así
para poderos hablar?

FER. Otros, no sé, mas, por mí,
os puedo respuesta dar.
Primero, saber quién es;
luego, prestarse a escucharla
con reverente interés;
y antes y ahora y después,
para mejor respetarla,
besar, humilde, sus pies.
Y aun, si mucho me apuráis,
de lo que exigí primero,
gracia os hago, si gustáis;
pues que tal lo recatáis,
sólo cumple a un caballero
adivinar lo hechicero
del cielo que le veláis. *

LUISA. *(Descubriéndose.)*
¡Míreme, pues, vuestro afán!

FER. ¡Luisa!

LUISA. ¡Que a hablaros se llega,
no sabe si loca o ciega,
pero alentada de un plan
en que honor y fama juega
a cara o cruz, capitán!
¡Luisa!: la flor olvidada
a la orilla del camino;

la del ignoto destino
y el alma desamparada;
la que se afanó en Baeza,
vuestro delirio velando,
y no escatimó terneza
que no fuera disfrazando
de habilidad su torpeza,
cuando ibais agonizando;
la que en silencio rezó
y supo a solas llorar;
la que en Cádiz os siguió
y sus calles recorrió
hasta poderos hallar;
la que ayer os prevenía
que os guardarais de un cobarde;
la que os advierte esta tarde
de otra nueva felonía.
Que si padece mi honor
viniendo así, ¿qué más da
cuando vuestra vida está
a la merced de un traidor,
que todo lo arriesgará
para salir vencedor
del lance en que a verse va
metido vuestro valor?

FER. Leal o traidor, el Marqués
no habrá el lance de eludir:
noble y caballero es
y por su propio interés
querrá matarme o morir.

LUISA. ¡Le conozco demasiado
para que noble le crea!;
los hombres de su ralea,
para darlo asegurado,
dan el golpe... como sea.
Y vuestro valor, de nada
os valdrá en esta ocasión:
¡que al más bravo corazón
lo detiene una estocada,
cuando se da asegurada
por la espalda y a traición!

FER. Pues si en cobarde doblez
nuestro hombre se porta así,
yo, con toda esplendidez,
sabré pagarle, a mi vez,
la que él pague para mí.
Mas... ¿cómo y por qué razón
sois vos la que siempre viene
a salvarme y me previene
del peligro en la ocasión?
¿Por qué es ese celo y esa
solicitud tan rendida?...
Mi suerte ¿qué os interesa,
para ser óleo en mi herida,
pan aflorado en mi mesa
y lienzo en mi despedida?...
¿Tanto os importa esta vida
que a mí—y es mía—me pesa?
¿Por qué así vuestro decoro
tan sin dudar arriesgáis?

LUISA. Si a decirlo me forzáis...
diré... ¡que porque os adoro!

FER. ¡Luisa!

LUISA. ¡Quebrántese ya
el silencio engañador
que ahogando mi pecho va!
¡Ya os lo dije!: ¿qué más da
que eche a los vientos mi honor,
si toda mi vida está
esclavizada a este amor?
Amor en que miro arder
mi vida, como una llama
y en radiante amanecer,
gloria y tormento derrama
por todo el ser de mi ser.
Amor de tal poderío,
que pudiera sujetar
el triunfante señorío
con que se despeña un río
en el abismo del mar.
¡Amor que, aun cuando de hieles
se alimenta y se envenena,

no ambiciona más laureles
que fundir en sus troqueles
eslabones a su pena,
y amarrarse a su cadena
y tallarse en sus cinceles
y nutrirse de su vena!
¡Amor que ciego me abisma
o me levanta hasta el cielo!;
¡amor, tan grande en su anhelo,
como la impotencia misma
que la recorta su vuelo!
¡Amor que, para mejor
asemejarse al que quiere,
de su propia herida muere,
entre placer y dolor,
porque el rotundo latido
de su sedienta pujanza
no tiene ni la esperanza
de verse correspondido!...
Fuego de un mismo volcán
me avasalla a mí y a vos;
los clavos de un mismo afán
de imposible, nos están
crucificando a los dos;
pues, si os llega mi huracán,
mientras me perdona Dios,
¡perdonadme, capitán!
(Y va a caer arrodillada a los pies de don Fernando, cuando éste la detiene.)

FER. ¡Alzad!; no así os humilléis,
cuando soy yo quien se humilla;
¡alzad... si no es que queréis
darle al suelo en que os postréis,
flores con vuestra rodilla!
Si con mi sangre pudiera
borrar de mi vida entera
la historia, la borraría
por tan gozosa manera,
que pudiera en este día
renacer en vuestra hoguera
con gloriosa lozanía;

¡pero mi sangre no es mía
y ni eso puedo siquiera!;
que antes de nacer ya era...

LUISA. *(Interrumpiéndole en una violenta explosión de sus celos.)*
¡De quien no la merecía!

FER. ¡No, Luisa!... ¡Decid que fué
dudable alucinación
la celosa acusación
que estremecido escuché!

LUISA. ¡No os ama!

FER. ¡Me ama!

LUISA. ¡Ilusión!

FER. ¿Pues cómo mi corazón
aún se mantiene de pie?
¿Cómo a tan duro tormento
mi vida no desfallece
ni la tierra se estremece
socavada en su cimiento?

LUISA. ¡No os ama!

FER. ¡Me ama!

LUISA. Os amó;
pero otro viento arrastró
aquel amor de aquel día.

FER. ¡Decid que mentisteis!

LUISA. ¡No!;
si ahora os amase, vendría;
y si mi labio mintió,
nombre y fama jugaría
como me los juego yo.
¡No os ama!; pudo vivir
siendo de otro y no de vos;
y, cuando podéis morir,
ni llega el duelo a impedir
ni viene a daros su adiós.
¡No!: cuando de veras se ama,
podrá morirse, quizás;
ser Dios o ser Satanás,
sombra o luz, miel o retama,
beso o puñal, ascua o llama...
¡quietud de hielo, jamás!

(Fuera se ha oído un rumor como de voces que discuten. Hay una breve pausa, llena de ansiedad.)

¡Silencio!... ¿Escuchasteis?...

LUISA. ¡Sí!...

FER. ¿Esa voz?...

LUISA. ¡Es de mujer!

FER. ¿Discute?...

LUISA. ¿Qué debo hacer?

FER. Ocultaros.

LUISA. ¿Dónde?

FER. ¡Aquí!

(Conduce a Luisa hacia una de las puertas y cuando aquélla ha desaparecido, va hacia la de la entrada, franqueándola. Aparece en ella Pacorra.)

¡Pacorra! ¿Qué quieres?

PACOR. Na;
lo primerito, un bosá
pa ese perriyo de presa
que dende pies a cabesa
es Rincón; ese animá
que me ha tenío en er portá
cuatro siglos... ¡con la priesa
que tengo yo por hablá!

FER. ¡Dí, por Dios!

PACOR. Y lo segundo...
¿estamos solos?

FER. ¡Confía!

PACOR. Que aqueya reina der mundo
quiere verse con usía.

FER. * ¿Es cierto?

PACOR. Si no confundo
las rasones que traía,
después de la discusión
que he tenío con er sabueso
del portá, ¡que vaya un queso
manchego que está Rincón!;
¿qué digo, queso?; ¡es un güeso...
pero de melocotón!

FER. ¡Verla! Pero, ¿dónde, cuándo?

PACOR. Mañana, y sin más testigo
que yo misma, don Fernando.
FER. ¡Por ese instante bendigo
todo cuanto estoy pasando!
Mis penas, mi sufrimiento,
mis afanes, mi tortura...
¡Ah!; dentro del alma siento
disiparse la negrura
que hizo enterrar un momento,
con horror de sepultura,
la luz de mi pensamiento. *
¡Dí, Pacorra!
PACOR. Hay que cumplí
primero una penitensia
que le ha impuesto: no salí
en toa la noche de aquí;
prométamelo vuesencia.
FER. ¿Teme por mi vida?
PACOR. Sí;
es más, tiene la evidensia
de arguna esaborisión,
porque conose ar marío,
como yo conozco ar mío,
que, en lo tocante a traisión,
los dos juntos han bebío
sangre de gato roío
en er mismo bodegón.
¿Promete que no sardrá?
FER. ¡Lo juro!
PACOR. No es menesté
jurarlo; al amanesé,
a las sinco, esperará
en el Carmen; yo estaré
en el claustro; eya sardrá
de la iglesia y su mersé
a mi seña acudirá.
¿Estamos de acuerdo?
FER. Iré
PACOR. Pues, con Dios, y Dios dirá.
(Y se marcha por donde llegó. Al salir Pacorra, don Fernando corre hacia la puerta tras de

la cual se escondió Luisa, a tiempo que ésta aparece en ella, y con gesto de dolorosa conformidad exclama, dirigiéndose a don Fernando:)

LUISA. ¡Perdón!
FER. ¿Oísteis?
LUISA. ¡Oí!
FER. Claro veis...
LUISA. ¡Que me engañé!
FER. ¿Y qué pensáis?
LUISA. ¡No lo sé!;
desde tan alto caí,
que no sé si vivo en mí
o si pesadilla fué
cuanto escuché y cuanto vi.
FER. ¿Por qué salvasteis mi vida
si ahora venís a matarme?
¿No fuera mejor dejarme
morir que curar mi herida,
para luego enclavijarme
en esta cruz encendida?
LUISA. ¡Cruz donde yo también muero!
FER. ¡Mar que a los dos nos anega!
LUISA. ¡Relámpago que me ciega
y, a la mitad del sendero,
me deja vencida y ciega!
¡Hoguera en que arder me vi!;
¡dulce ponzoña de amor
que en mi locura bebí!...
¿Es tiniebla o resplandor?...
¿Es vergüenza o es dolor
lo que arde dentro de mí?
¡Seguid por vuestro camino...
y olvidadme!
FER. ¡Ya no puedo!
Si en un mismo torbellino
nos va arrastrando el destino,
¿por qué ni avanzo ni cedo,
y a vuestra luz me alucino,
y vuestra voz me da miedo,
y, esclavo de vuestro sino,

más huyo si más me quedo?
Para adoraros es tarde;
para olvidaros, temprano...
¡Dejad que bese esa mano
que así da muerte a un cobarde!
(Besa la mano que le tiende Luisa y cae el

TELON

CUADRO SEXTO

Amanecer.

Rincón de un claustro bajo en el convento del Carmen, en Cádiz. Por la izquierda se supone que se pasa a la iglesia, cuya puerta debe ser, naturalmente, practicable, y por la derecha, que se entra de la calle al claustro. Es de noche, pero al avanzar la acción va amaneciendo lentamente. Por la derecha aparece don Fernando; viste como en el cuadro anterior, pero se emboza en una larga capa negra. Al entrar, se detiene un momento; mira hacia atrás, como si sospechara o temiera que le hubiesen seguido; se pasa la mano por la frente; derrama su vista por el claustro, como si tratara de reconocer el sitio en que se encuentra; se apoya en una de las columnas, a punto de desfallecer y habla, en fin, lentamente, con grandes pausas y aire de extravío o alucinación.

FER. Cenizas de mis centellas...
En el pozo de la noche,
el agua de las estrellas...
¿eran voces angustiadas
entre las sombras o eran
los ecos de mis pisadas?...
¿Es la azulada blancura
del muro o la losa blanca
de mi negra sepultura?...
Y aquella negrura... ¿es
la negrura de mi sombra
o la sombra del ciprés?...
¿Fué brisa de plata ardiente
o ala fría de murciélago

lo que me rozó en la frente?...
¡Tengo sed y tengo frío!...
¿Dónde dejé abandonados
los remos de mi navío?...
¡Mi capa negra en el viento!,
rúbrica con que la noche
refrenda su testamento...
¡Mi voz!, piedra en la laguna
del silencio, corazón
con puñaladas de luna...
¡Y hacha de luz mi pisada,
que va arrancando a la sombra
astillas de madrugada!...
¡Ala... y hierro!... ¿Sombra o luz?...
Una mujer y dos hombres...
¡Dos espadas y una cruz!...
¡Me pesa el alma!... ¡No sé
en qué reja de qué calle
a mi caballo trabé!...
Un ataúd vi pasar...
¿Era mi valor el muerto
que llevaban a enterrar?...
¡No!... ¡Repica, campanero,
que en la catedral del día
bautice en sangre mi acero!
¡Honda al aire, tu campana
tire guijarros de notas
al cristal de la mañana!...
¡Hebillas de luna fría
le están calzando a la aurora
la espuela de oro del día!...
¡Y en los clavos de mi cruz
está entronizando el sol
sus golondrinas de luz!...
(Desaparece por el fondo del claustro. Por la derecha, esto es, por donde entró don Fernando al comenzar el cuadro, que es por donde deben entrar todos los personajes, se acercan el Barón y Luisa, y detrás de ellos, Rincón, siguiendo, se supone, a don Fernando.)

LUISA. ¡Ya veis que no me engañé

ni en la hora ni en el lugar!

BAR. ¡Pues ya no hay más que esperar,
poniendo en mí vuestra fe
para poderle salvar!
Confiado, no advirtió
que, espiándole, hasta aquí
nuestra astucia le siguió.

LUISA. ¿Qué decía?

BAR. No le oí.

LUISA. ¿Pero hablaba solo?

BAR. Sí.

LUISA. ¿Y si ahora volviese...?

BAR. *(Después de cerciorarse, asomándose al extremo del claustro por donde marchó don Fernando.)*
No.
Se aleja.

LUISA. ¿Qué hace?

BAR. En lo oscuro
del claustro, su sombra errante
vi que, con paso inseguro,
se recortaba un instante
sobre la sombra del muro;
mas mis ojos son tan viejos
o es la sombra tan sombría,
que sólo el son percibía
de su pisada a lo lejos,
perdiéndose en la crujía.
¡Aún es temprano... y espera!

LUISA. ¡Desesperando en su afán!

BAR. *(Como hablando consigo mismo.)*
¡Ay, pobre barca velera,
a merced del huracán,
desarbolada y señera!...

LUISA. ¿Vuestra gente?

BAR. Prevenida.

LUISA. ¿Pero él no sospecha?

BAR. ¡Nada!

LUISA. ¿Y la orden?

BAR. ¡Conseguida!;
largamente discutida...

LUISA. ¿Mas a la postre...?
BAR. ¡Firmada!
LUISA. ¿Y la fragata?
BAR. En el puerto,
a hacerse al mar se dispone.
Y ahora... ¡que Dios me perdone,
si hago mal, mi desacierto,
en gracia a la voluntad
con que guié mi intención!
(A Luisa.)
Vos, en la iglesia, esperad.
(A Rincón, que, apartado a respetuosa distancia durante el anterior diálogo, espera órdenes.)
Y tú, entretanto, Rincón
—oído fino, vista alerta,
mano lista y faz tapada—,
sin que ninguno te advierta,
queda del claustro en la puerta
cortando la retirada.
Esperando mi señal,
tu, en la calle y dentro, vos;
yo, en la puerta principal
vedando el paso a ellos dos
con mi piquete leal...
y en el momento fatal...
¡la Providencia de Dios!
(Luisa entra en la iglesia, seguida del Barón. Cuando ha desaparecido, Rincón se dispone a hacer lo mismo por la derecha.)
RINC. Pelucnas o estocadas
apercibiéndote están,
Rincón.
(Dirigiendo su voz hacia el sitio por donde salió don Fernando, y como si hablara con el)
Si vienen mal dadas...
perdonadme, capitán;
a oros juego, que no a espadas.
(Se dispone a salir a punto que entran por la derecha Elena y Pacorra, que, al reconocerle, y antes de que él pueda darse cuenta de quiénes

son, están a punto de derribarle, mientras se recatan aún más en los largos mantos con que se embozan. Rincón les cede el paso, y ellas, sin detenerse, cruzan la escena y entran en la iglesia.)

¡Vayan con Dios las tapadas...
mas miren por donde van!
(Viéndolas alejarse.)
Mano de leve marfil,
breve talle y lindo pie,
y, al andar un no sé qué
de arrogancia señoril...
¡para beatas, a fe
que habrá así dos entre mil!
(Se emboza en su capa y desaparece definitivamente por la derecha. La escena queda sola unos momentos; al fin, y por donde mismo se marchó, aparece sigilosamente Pacorra, que, después de asegurarse de que Rincón ha desaparecido, hace señas a su ama para que salga, como, en efecto, lo hace.)

ELENA. ¿Se marchó ya?
PACOR. Se marchó.
ELENA. ¿Crees que nos reconoció?
PACOR. ¡Cuarquiera lo pue desí!
Pero iguá se me da to:
er que sí como er que no,
y er que no como er que sí.
ELENA. ¿Por qué?
PACOR. ¡Lo asierta cuarquiera
que no esté der to chalao!
¿Qué quié desí er criao?
¡Pos que aquí ya el amo espera
a quien aquí lo ha sitao!
ELENA. Quizás...
PACOR. ¿Qué es desí quisá?
Eso es más sierto pa mí
que er día der Juisio finá.
(Asomándose al fondo del claustro y suponiendose que ve avanzar a don Fernando.)
¡Como que viene *pa acá!*

ELENA. ¿Qué dices?
PACOR. ¡Que ya está aquí...
y que yo aquí no hago nal
(Desaparece de nuevo por la puerta de la iglesia. Don Fernando avanza, estremecido y tembloroso a la presencia de Elena.)
FER. ¡Por fin!
ELENA. ¡Fernando!
FER. ¡Alma mía!...
Tanta ansiedad devoré
y tan al fondo llegué
del cáliz de mi agonía,
que entre mis brazos al verte
y junto a mí al contemplarte,
en lugar de acariciarte
y en mis besos embeberte,
cuanto más quiero quererte,
más logro martirizarte...
* Mi llaga se cicatriza;
mi pedregoso camino
de rosales se entapiza;
cruje en mis velas y riza
su lona un aire divino
que mi destino humaniza,
enterrando la ceniza
de mi pasado destino
en el fanal cristalino
de la noche que agoniza,
¡y es poca toda ansiedad,
vano fantasma la muerte,
cadenas la libertad
y un soplo la eternidad
para empezar a quererte! *
ELENA. ¡Fernando!
FER. ¡No hay que perder
instante!... El cielo se dora
con oro de amanecer,
y aún es propicia la hora
para que no pueda ser
su luz nuestra delatora.
ELENA. ¿Qué me propones?

FER. ¡La huída!
ELENA. ¡Jamás!
FER. ¡Pues, entonces, dí
que, jugando con mi vida,
cuando me citaste aquí,
te ensañabas en mi herida
para burlarte de mí!
ELENA. ¡O que ésta es la despedida
que ha de alejarme de ti!
Para eso aquí te cité,
donde más cerca de Dios,
le demos entre los dos
sepultura a lo que fué.
FER. ¿Sepultura?... ¡Yo le diera
jordán que lo remozase,
ala que lo acariciase
o cuna que lo meciera!
* Si el mar, con rabioso celo,
sus oleajes cuajara
en sepultura de hielo
donde mi amor se enterrara,
¡mi aletazo las quebrara
para remontar su vuelo!;
partido en grietas el suelo,
su abismo no me tragara;
¿qué más, mujer, si recelo
que aun desplomándose el cielo,
losa ruin se le antojara
su pesadumbre a mi anhelo? *
¡Ven!
ELENA. ¡Aparta!; entre los dos
se ha abierto un abismo más.
FER. ¡Lo salvaré!
ELENA. ¡No podrás,
porque es la mano de Dios
la que nos lo abre quizás!
¡Es Dios el que nos separa!:
que si tu acero, certero,
con el ofendido acero
de mi esposo se cruzara
y tu rayo justiciero

su corazón traspasara,
antes de que a él le llegara
me matara a mí primero;
Porque... oye, Fernando...

FER. *(Interrumpiéndola con violencia.)*
¡Calla!;
que en esta ruda batalla
que va mi razón nublando
siento algo que me avasalla,
algo en lo que yo no mando,
pero que está socavando
mi impenetrable muralla.

ELENA. Mi amor...

FER. ¡Yo te lo encendí!

ELENA. ¡Para condenarme!

FER. ¿Y qué,
si también me condené
cuando condena de ti
y una cadena me eché,
cuando remachaba en ti
la que esclaviza tu pie,
y de tus hieles bebí
y en ellas me envenené?...
¡Pero no!... ¡Me amas, Elena!

ELENA. ¡Más que nunca!

FER. ¡Pruébalo,
y en flores cambiaré yo
los hierros de esa cadena!

ELENA. ¡Tiembla tu voz!...

FER. ¡De embeleso!

ELENA. Brillan tus ojos!...

FER. ¡De gozo!

ELENA. ¡Y arde tu aliento!...

FER. ¡Es que, preso
del alma en el calabozo,
en las alas de un sollozo
vuela a tu boca mi beso!
¿Es locura?... ¡Pues locura!
¿Infierno?... ¡Pues que lo sea,
si mi labio señorea
la divina quemadura

del que en el tuyo alcea!
(Con tono cálido de misterio persuasivo.)
De Sancti-Petri, en la playa,
dando proa a Gibraltar,
sólo espera que yo vaya,
para fatigar el mar,
el velero más velero
que a la relinga abandona
la blanca y sedienta lona
de su trinquete altanero;
desde aquí, ensoberbecido
porque más sediento vuela
si más se ve contenido,
el galope enloquecido
de mi brava *Coronela,*
bajo el tábano encendido
del aguijón de mi espuela;
y, ya en alta mar los dos,
bajo la lumbre solar,
nuestras vidas entregar
a la ventura de Dios,
¡pero juntos!; que la vida
con su vino nos embriague
o, al final de la partida,
nos hiera la misma herida
o la misma ola nos trague.
Tiempo, ocasión y lugar,
¡todo!, mi afán lo previó
para mi intento lograr;
¡aún nos podemos salvar!
¡Nada falta!...
(Por la derecha ha aparecido el Marqués, que, con frío aire de serenidad, ha escuchado los últimos versos, y dice:)

MARQ. ¡Falto yo!

FER. *(Reconociéndole.)*
¡El Marqués!

ELENA. *(Con sorpresa y terror.)*
¡Tú!

MARQ. *(Sin perder su frío dominio de la situación.)*
¿Por qué no,

ni ello qué os puede extrañar?
¡También a mí me acosó
el ansia de navegar!
Capricho, al fin, inocente;
mas para mí de interés
en el momento presente.

FER. ¡Pues a navegar, Marqués!
¡Los dos, por fin, frente a frente!

MARQ. Perdón, contad: somos tres.
Una dama y dos galanes,
con lo que quiero decir
que habremos de repartir
entre ambos nuestros afanes
para poderla servir;
y así saldrá, a lo que espero,
mejor servida la dama;
¿no os parece?

FER. *(Lleno de ira avanza sobre el Marqués, que no se inmuta. Elena se interpone.)*
¡Lo primero...

MARQ. *(Interrumpiéndole y cambiando de tono.)*
¡Es conocer—y eso quiero—
el nombre por que se os llama!

FER. ¿No lo sabéis?

MARQ. No lo sé.

FER. ¿Ni lo sospecháis?

MARQ. Quizás.

FER. ¡Sois curioso!

MARQ. ¡Por demás!

FER. Siendo así, yo os lo diré.

MARQ. Pues tomaos ese trabajo:
que, de vuestro aire, por Cristo,
que sólo en mi vida he visto,
cierta noche a cierto majo.
Mas, como yo soy un hombre
que, de frente o en la sombra
—igual da—sólo se nombra,
bueno o malo, por su nombre,
miro siempre de través
y recelo, por si acaso,
del que cambia a cada paso

el suyo, y tan pronto es
noble o majo cordobés,
según le acomode el caso.

FER. Yo, a mi vez, al escucharos,
recelo, si hablando así,
queréis del lance excusaros.

MARQ. ¡No; porque vengo a mataros,
o a que me matéis a mí,
para así poder saldar,
con buena paga, la cuenta
que una noche, en una venta,
dejó un marqués sin pagar!

FER. ¿Por qué entonces vuecelencia
no pagó lo que debía?

MARQ. Porque entonces no sabía
lo que ahora se me evidencia...
¡y porque va diferencia
de otra mujer a la mía!

ELENA. ¡Yo hablaré!

MARQ. ¡Tú callarás!

FER. ¿Por qué?

MARQ. ¡Porque yo lo quiero!;
antes hablará mi acero·
luego, mujer, ya hablarás.

FER. ¡Basta!; que harto os he sufrido
vuestra cínica arrogancia,
y a mí mismo repugnancia
me da de haberos oído
sin miraros ya tendido
a mis pies.

MARQ. ¡Agradecido
a tan cortés tolerancia!

FER. ¡¡Tu vida!!

MARQ. Te la daré,
y, por Cristo, que sabré
darla sin regatear.

ELENA. ¡Yo te juro...!

MARQ. ¡No; jurar
no, porque no te creeré!;
ya me juraste tu fe
de hinojos ante un altar,

¡y repara en lo que fué
tu juramento a parar!
¡Aparta!... Pero no... ¡ven
junto a mí!; que no está bien
que te separes de mí
sin que tus brazos me den
la despedida.

FER. ¡No!!

MARQ. ¡¡Sí!!
¡En mis brazos!... ¡Mira!... ¡Así!...
¡Yo sé acariciar también!
(Dice esto mirando desafiante a don Fernando, después de coger violentamente a Elena, que horrorizada y a punto de desmayarse, no opone resistencia.)

FER. ¿Eres hombre o eres fiera,
o es Satanás quién te envía?

MARQ. Igual da a nuestra porfía;
pero, sea yo el que quiera,
ésta no es la Chiclanera,
que anoche me resistía
con desplantes de ramera;
¡mas también es hechicera!

FER. ¡Cobarde!...

MARQ. ¡Y, además, mía!;
¡venga por ella el que quiera!
¡Mira qué hermosa!; su tez,
que el pavor empalidece,
aún más hermosa parece
en su yerta palidez;
sus brazos me están ciñendo,
su aliento me está abrasando,
y, porque yo se lo mando,
para mí solo viviendo.
Nácar en nieve, aún fulgura
en su garganta el collar
que con tan noble bravura
le supiste rescatar;
¡brava joya!... ¡Ven a verla!;
y porque más te gloríes
con tu sangre, al embeberla,

¡tíñesela, perla a perla,
en un collar de rubíes!
¿Verla en mis brazos te place?
¿Tu arrogancia dónde está,
ni tu bravura qué hace,
que no me la quita ya?
Ni esta mujer es aquélla
de anoche, ni hay en mí huella
de la pasada embriaguez;
quizá por última vez
su boca perjura sella
de mi beso la avidez;
¡así!...
(La besa brutalmente.)
¡Y ahora tu altivez
venga, si puede, por ella!

FER. ¡Por ella voy!

ELENA. ¡No!... ¡Favor!...

MARQ. *(Ahogándole la voz.)*
¡Calla!

ELENA. ¡El lance se decida
con mi vida!

MARQ. ¿Y qué valor
le das, mujer, a tu vida?
¡Lo que me importa es mi honor!
(Saca de debajo de su capa dos espadas y, mostrándolas a don Fernando, dice:)
¡Armas iguales!

FER. ¡Pardiez,
que rasgo tal no esperaba!

MARQ. No dirás que no jugaba
con juego limpio esta vez.

FER. *(Con rabia creciente, que casi le hace morder las palabras.)*
Pero es tanta mi ansiedad
de matarte o de morir;
tanta la voracidad
de la ronca tempestad
que siento en mi pecho hervir;
tan fieros los odios son
en que me miro encender

¡y tanta la exaltación
con que me siento crecer
en el pecho el corazón,
que aun sin armas ganaría!;
¡mi mano llegar sabría
a tu corazón villano
y en ella lo estrujaría!

MARQ. ¡Poca cosa es una mano!

ER. ¡Pero es que esa mano es mía!;
¡conque ya ves si te gano,
como quiera, la porfía!

MARQ. ¡Veamos cómo!

ER. ¡A verse va!

(Toma la espada que le arroja el Marqués.)

MARQ. ¡Mano pronta!

ER. ¡Y brazo fuerte!

MARQ. ¡En guardia!

ER. ¡En guardia... y a muerte!

MARQ. ¡Está dicho!

ER. ¡Dicho está!

(Luchan en silencio, bravamente; don Fernando pierde terreno, pero lo recupera y acorrala, hacia el fondo del claustro, al Marqués, que arrastra tras de sí el ya casi desmayado cuerpo de Elena; desaparecen por el fondo y aún, durante unos instantes, se oye el chocar de las espadas; en seguida, el ruido de un cuerpo que cae pesadamente en tierra y, simultáneamente, un grito de horror de Elena.)

ELENA. ¡Ah!... ¡Socorro!... ¡Muerto!...

ER. *(Surgiendo en el fondo del claustro, desmelenado y con las ropas en desorden—quizá con una herida en la frente o en una mano—y trayendo, casi a rastras, a la horrorizada Elena, que se resiste a seguirle, hasta que, por fin, a su frase, se separa de él en un violentísimo y salvaje esfuerzo.)*

¡Sí!
¡Y tú, libre al lado mío,
por siempre!

ELENA. ¡No!, que ese río

de esa sangre, ya de ti
hasta el aliento me veda
con tan eterno oleaje,
que no hay presa que lo ataje
ni mar que sorberlo pueda.
Porque en mi entraña acogida
y de esa sangre engendrada,
¡duerme otra vida sagrada
que me manda odiar tu vida!
(Y como loca, con paso vacilante, huye hacia donde se supone que cayó muerto el Marqués Don Fernando, al escuchar la terrible revelación, queda estupefacto y como idiotizado, y exclama, después de una brevísima pausa:)

FER. ¿Y es mi espada... ¡soy yo mismo!
quien hace ese mar eterno?...
Pues ¿a qué aguardas, infierno,
que no me traga tu abismo?
¡Huye de mí!... ¡Y va con él!...
¡Y le abraza!... ¡Maldición!...
(Por la derecha entra rápidamente Rincón, trae en la mano una larga navaja y arrolla su capa en el brazo izquierdo, como en actitud de combate; al ver a don Fernando se paraliza su acción y exclama ante la actitud de aquél:)

RINC. ¿Qué es esto?...

FER. ¡Llega, Rincón!
¡Mira!
(Le conduce hacia el claustro. Rincón retrocede aterrorizado.)
¡Jesús!

FER. ¿Ves aquél?...
¡Por la cara, no a traición!
Pues para mostrarte fiel
a tu amo en esta ocasión,
¡trae!
(Trata de arrebatarle el arma que empuña para hundírsela en el pecho.)

RINC. ¿Qué hacéis?...

FER. Y ahora, Luzbel,
¡llévate mi corazón!

RINC. *(Forcejeando con él y sin soltar la navaja.)*
¡No!
FER. ¡Suelta!
RINC. ¡Favor! ¡Aquí!
FER. ¿A tu amo te atreves?
RINC. ¡Sí!
(Sale Luisa y abrazándose rápidamente a don Fernando impide el suicidio y logra que Rincón recobre el arma.)
LUISA. ¡Para que os hiera este acero,
fuerza será que primero
lleguéis a clavarlo en mí!
FER. *(Con asombro.)*
¡Luisa!
LUISA. ¡Fernando! ¡Os creía
menos cobarde y más fuerte!
FER. *(Abatido.)*
¡La muerte me sonreía
y logra vuestra porfía
que ni aun con la muerte acierte!
LUISA. ¡No tiene poder la muerte
contra una vida que es mía!
¡Mía, sí, mía! ¡En cadenas
o con el alma florida,
con venturas o con penas,
entre caricias ajenas
o con mi beso en tu herida!
¡Pero mía!, porque lleras
de vida jamás sentida
mis venas, si tú lo ordenas,
¡yo me partiré las venas
para encenderte en mi vida!

FIN DEL DRAMA

EL TEATRO MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 24	Año.....	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA, 58 MADRID APARTADO 8.012

PRECIO: 3,50 PESETAS